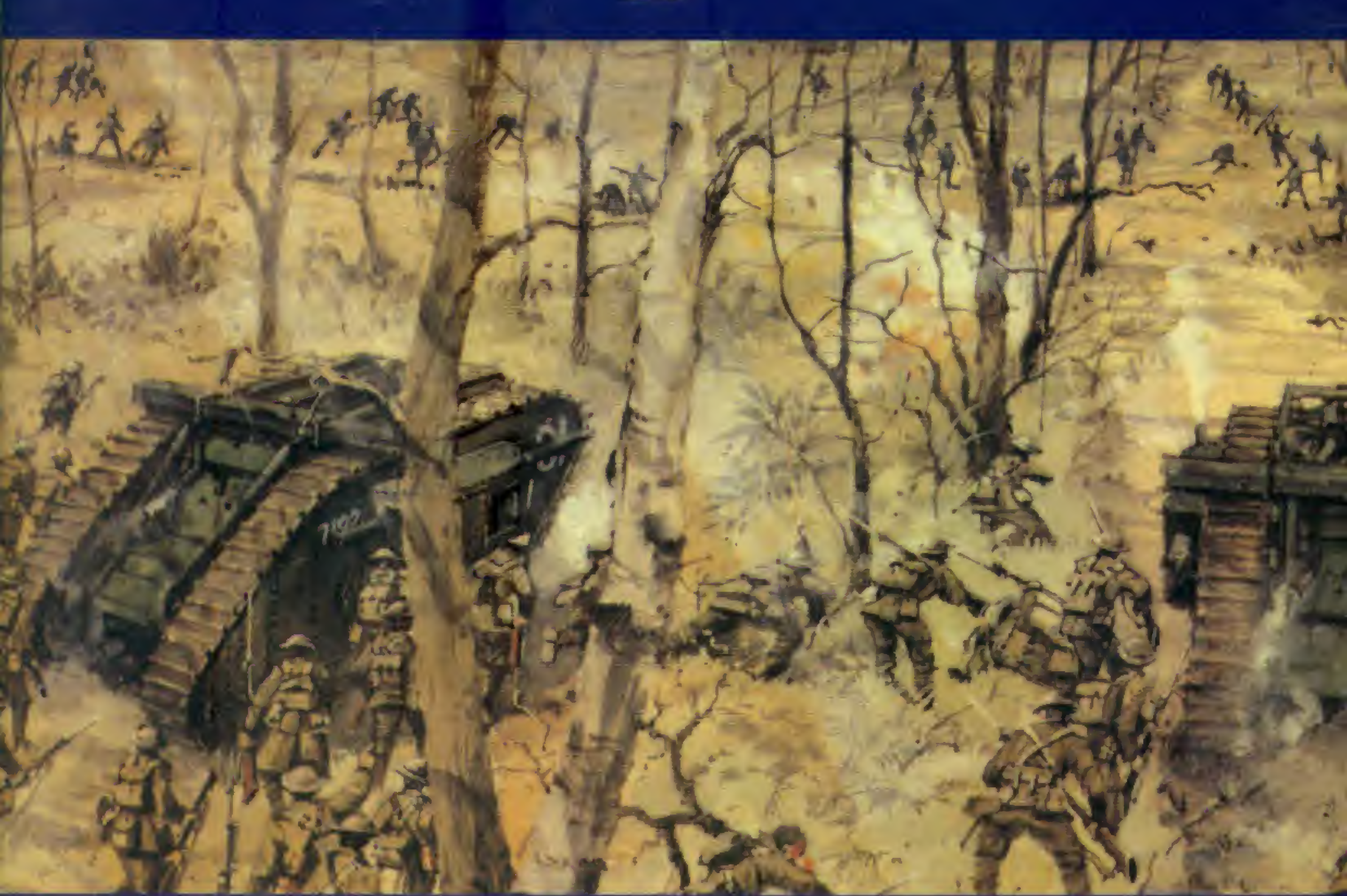
ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA I GUERRA MUNDIAL (III)

13



ENCICLOPEDIA VISUAL DE LAS

GRANDES BATALLAS

DE LA I GUERRA MUNDIAL

(III)

Editorial
Rombo

Dirección editorial:
Julián Viñuales

Coordinación editorial:
Julián Viñuales, Jr.

Dirección técnica:
Pilar Mora

Coordinación técnica:
Miguel Ángel Roig

Diseño cubierta:
Hans Geel

Traducción:
Luis Ogg

Título original:
Great Battles of World War I
A Marshall Edition

Publicado por:
Editorial Rombo, S. A.
Muntaner, 371
08021 Barcelona

ISBN: 84-86579-58-9 (Volumen 13)
84-86579-61-9 (Obra completa)

Impresión:
Rotocayfo, S.A (27-2-1995)
Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B. 29251-94

Printed in Spain

SUMARIO

La batalla de Jutlandia - *31 de mayo de 1916* 86

La Ofensiva de Brusilov - *Junio-septiembre de 1916* 92

La batalla del Somme - *Julio-noviembre de 1916* 100

La batalla de Messines - *Junio de 1917* 112

La batalla de Passsendaele - *Julio-noviembre de 1917* 120

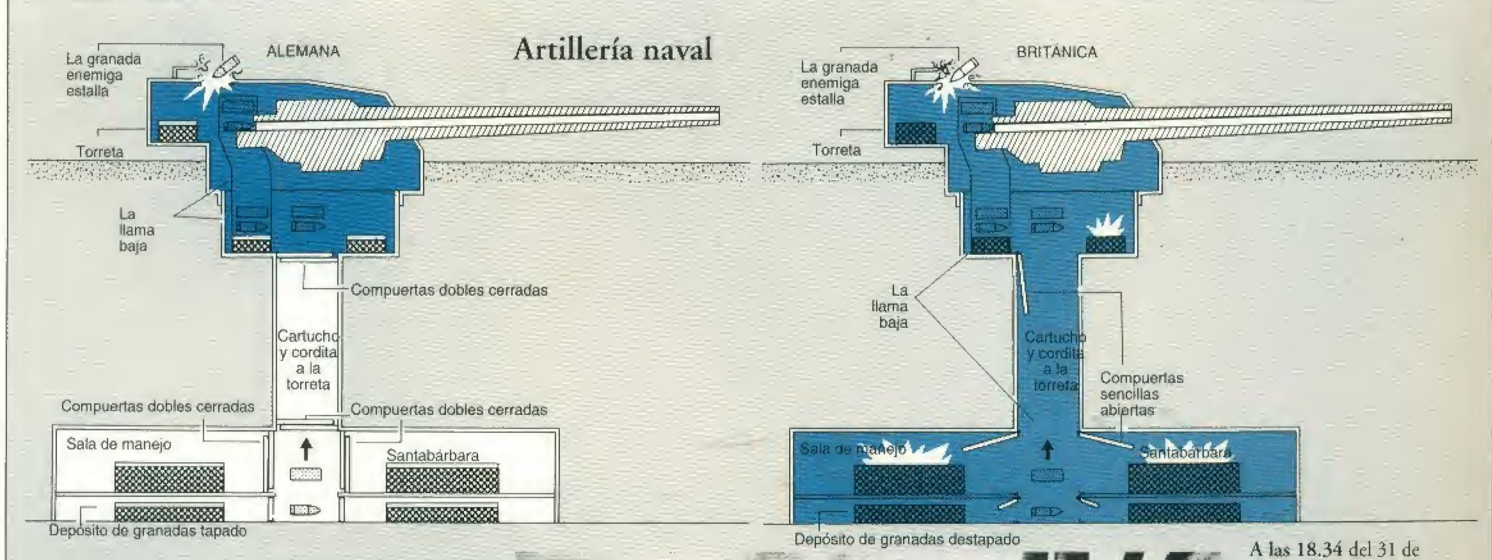
Beatty, cuya fuerza comprendía cuatro de los super acorazados más poderosos y desarrollados del momento —*Barham, Malaya, Valiant* y *Warspite*— partió de Rosyth poco después de las 21.30. Hacia la misma hora, Jellicoe zarpaba de Scapa Flow con una gran flota de acorazados, 3 cruceros de batalla, 19 cruceros más y una armada de 52 destructores. Así, dos grandes flotas británicas se hicieron a la mar para cortar y destruir la armada alemana. Pero había más. Menos de una hora después de que Beatty hubiera salido de Rosyth, la 2ª Escuadra de Batalla, de ocho acorazados bajo el mando del vicealmirante sir Thomas Jerram, zarpaba de Cromarty.

Al mismo tiempo, Hipper y sus cruceros se movían hacia el norte, seguidos de Scheer y sus acorazados. Ambos contrincantes —Jellicoe y Scheer— creían que los acorazados de sus enemigos estaban demasiado lejos detrás de los cruceros como para intervenir en la inminente batalla. Pero, llegado el momento, se desarrolló un enfrentamiento de la máxima complejidad. Expresado del modo más simple, y dejando de lado numerosos enfrentamientos subsidiarios menores, la batalla se dividió en dos partes: un combate entre los cruceros de Beatty y de Hipper, seguido de una lucha monstruosa y confusa de acorazados.

El papel esencial de cada flota de cruceros era involucrar a la otra en una maniobra que redujera a su oponente y a su flota de retaguardia a un conflicto con su propia flota de vanguardia. A las 14.20, uno de los cruceros exploradores de Beatty, el *Galatea*, señaló la posibilidad de buques enemigos en las cercanías. Beatty, que navegaba con rumbo norte hacia Jellicoe, alteró el rumbo al SSE, en dirección a los bajíos de Horn, frente a la costa de Dinamarca. Su intención era colocarse entre los cruceros enemigos, ahora al norte de él, y sus puertos en la costa alemana. Los vigías de Beatty avistaron la fuerza de Hipper hacia las 15.30 e informaron que la fuerza alemana era de cinco cruceros, cuando el propio Beatty disponía de seis.

El primer avistamiento de los buques rivales aportó un elemento desusado y, según el historiador militar sir Basil Liddell Hart, decisivo en la batalla siguiente. El *Galatea* había visto primero un mercante no identificado y navegó hacia él para investigarlo; casi al mismo tiempo, uno de los barcos de Hipper también lo vio e igualmente se dirigió a examinarlo. Los dos barcos —el *Galatea* y el crucero de bolsillo alemán— se vieron mutuamente e informaron de inmediato a sus superiores. Así, especula Liddell Hart, les fue negada a los británicos una victoria decisiva, porque la batalla se estableció de inmediato. Sin esa ocasión del avistamiento doble, los disparos iniciales probablemente no se habrían hecho hasta más tarde, cuando los alemanes hubieran estado más lejos al norte y por tanto más lejos de sus bases, ofreciendo a los británicos, numéricamente superiores, la posibilidad de una victoria a la escala de Trafalgar.

Beatty dio orden de virar al SSE hacia Hipper a las 14.32. La orden se dio mediante



La potencia destructiva creciente de los cañones navales obligaba a las armadas a luchar a distancias cada vez mayores. La artillería era, pues, de importancia extrema y tenía toda la ventaja la flota cuyos cañones alcanzaban más lejos y cuyo fuego fuera más rápido y certero.

En todos esos aspectos, la armada alemana superaba a la británica. Dependían de la puntería conseguida mediante una práctica constante y por dirigir el fuego desde un punto central muy por encima del fuego de cañones y chimeneas. La Royal Navy, por el contrario, afinaba también su puntería pero esperaba conseguir un impacto lanzando gran número de granadas con cada andanada.

La vulnerabilidad de los buques británicos quedaba aumentada por la facilidad con que un impacto, *gráficos de arriba*, podía llegar a la santabárbara y provocar una gran explosión.



A las 18.34 del 31 de mayo, en acción contra el enemigo, una granada dio en la torreta de cañones de 12 pulgadas del centro del *Invincible*. Se alzaron llamas de 125 m cuando el fuego llegó a dos santabárbaras que contenían 50 toneladas de cordita. El buque estalló y se partió en 15 segundos, pero tanto la parte de proa como la de popa se mantuvieron un tiempo verticales fuera de las aguas poco profundas antes de hundirse. Se perdió toda su tripulación de 1.031 hombres, salvo seis. La foto fue tomada desde el HMS *Inflexible*.



El HMS Tiger, *arriba,* que emite humo denso al navegar a la acción a toda máquina, tenía ocho cañones de 13,5 cm. Durante la batalla fue tocado 14 veces y quedó muy dañado, con 24 hombres muertos y 37 heridos. Más tarde fue reparado en Rosyth y siguió en servicio hasta 1931.

Dos de los cañones de 28 cm del acorazado *Seydlitz* disparan una andanada durante la batalla; aunque vapuleado, sobrevivió a Jutlandia. Más tarde, en 1918, tras la rendición alemana, fue llevado en custodia a Scapa Flow, donde estuvo entre los 51 barcos barrenados por sus tripulaciones.

La guerra submarina y el sistema de convoyes

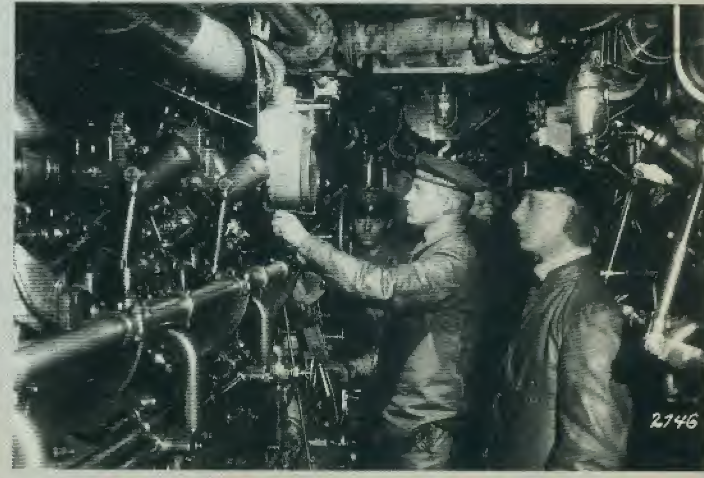
El 1 de febrero de 1917, Alemania declaró la guerra submarina irrestricta con el fin de rendir a los británicos por hambre; las áreas proscritas abarcaban las islas Británicas y gran parte del Mediterráneo. Se desplegaron para ello unos 200 submarinos, capaces de permanecer hasta cuatro semanas en el mar, armados de torpedos y cañones, en el Atlántico, cubriendo las rutas desde América del Norte que recorrían la mayoría de los mercantes. Los hundimientos por submarinos aumentaron desde unos cien mercantes en enero de 1916 hasta unos 800 al mes en la primavera de 1917.

Como respuesta, los británicos equiparon a algunos mercantes, llamados barcos Q, con tubos torpederos y cañones camuflados. Actuaban como cebo y, una vez un submarino emergía, podían cañonearlo. Pero las pérdidas de aliados y neutrales siguieron creciendo tan rápidamente que los alemanes suponían que en unos cinco meses más habrían sometido a Gran Bretaña por hambre.

El remedio se halló finalmente en el sistema de convoyes. Cada convoy incluía 40 o más mercantes con buques de escolta, en su mayoría destructores equipados con cargas de profundidad, desplegados a ambos lados. Al avistar un submarino, iban de inmediato en su persecución. Patrullas avanzadas actuaban de exploradores y otro barco se colocaba en retaguardia para rescatar supervivientes de cualquier buque tocado. Hasta fines de septiembre de 1917, de más de 1.500 barcos en convoyes hacia Gran Bretaña, sólo se perdieron 24. El sistema tuvo tanto éxito que se reintrodujo a principios de la Segunda Guerra Mundial.

Abajo izquierda, un destructor británico echa una cortina de humo sobre un convoy; *inserto:* vista desde un submarino de la explosión de su blanco; *abajo:* sala de máquinas de un submarino.





banderines, por lo que no fue detectada durante un tiempo por la 5ª escuadra de batalla, mandada por el contraalmirante sir Hugh Evan-Thomas. Sólo unos seis minutos más tarde viró esta escuadra de acorazados, que navegaba a unas 5 millas (8 km) detrás de Beatty con su nave insignia *Lion;* este retraso dejó la escuadra a unas 10 millas (16 km) por detrás de los cruceros de Beatty. Este tenía, pues, una tarea enorme: atraer a los alemanes hacia el norte, a Jellicoe; luego apresurarse al sur sin ser superado por las fuerzas enemigas superiores con las que ahora se enfrentaba.

Hacia las 15.20 Hipper avistó a Beatty y viró al sur, esperando atraer a los británicos hacia la flota de Scheer, que avanzaba. Luego, 10 minutos más tarde, Beatty a su vez detectó a Hipper y al poco empezó la acción entre las flotas de cruceros enfrentadas, que duró unos 80 minutos. Las dos flotas navegaban aproximadamente paralelas, a unos $8\frac{1}{2}$-$10\frac{1}{2}$ millas (13,5-16,5 km) de distancia, en rumbo SSE; es decir, en derechura hacia Scheer. Jellicoe y su flota de guerra estaban aún bastante al norte. El intento de Beatty era mantener a Hipper tan ocupado que los alemanes no pudieran interrumpir la acción hasta la llegada de Jellicoe; la tarea de Hipper era atraer a Beatty a la destrucción a manos de Scheer.

Las dos flotas se combatían vigorosamente cuando el desastre cayó sobre los británicos. El *Indefatigable,* el último buque de la línea, recibió un golpe y se hundió con toda su tripulación de 900 soldados y marineros salvo dos. Por suerte, Evan-Thomas, navegando a toda velocidad en el *Barham* y sus otros tres barcos, había llegado a distancia de fuego. No obstante, los alemanes estaban en ventaja, pues los barcos británicos, recortados contra el cielo occidental, formaban unas dianas perfectas, con lo que, poco después de las 16.20, el crucero *Queen Mary* recibió una andanada y también se hundió.

Beatty, que había comenzado el combate con una superioridad numérica de seis cruceros contra cinco, ahora estaba en inferioridad con un margen de cuatro a cinco. Sin embargo, la crisis había pasado con la oportuna aparición de Evan-Thomas. Eso cambiaba toda la situación táctica, porque Scheer navegaba hacia la escena y no le quedaba otra opción que ayudar a Hipper.

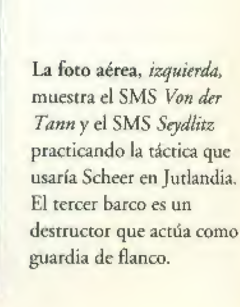
Beatty avistó la flota de Scheer poco antes de las 16.40 y, al verse ampliamente superado en número, viró al norte para reunirse con Jellicoe. Al igual que en la ocasión anterior, Evan-Thomas no captó la orden de Beatty, y continuó en su rumbo original sur hasta encontrarse con los acorazados de Scheer y verse bajo un fuego pesado.

Por entonces, las dos grandes flotas —la de Jellicoe y la de Scheer— se acercaban mutuamente con rapidez y estaba a punto de iniciarse el segundo mayor combate de la acción. El problema para las británicos es que habían calculado muy mal sus posiciones. Así pues, Beatty, cuando avistó a Jellicoe, estaba a más de 5 millas (8 km) al oeste del punto en que su comandante en jefe lo esperaba; más

El esquema, *izquierda,* muestra las posiciones de las flotas rivales hacia las 18.35 del 31 de mayo. Las flotas británicas están situadas para «cruzar la T» de las formaciones alemanas, que navegan en línea. Este movimiento permitiría que todos los barcos británicos dispararan sobre los alemanes en avance, mientras que éstos sólo podrían replicar con sus buques adelantados.

Para evitar este destino, Scheer ordenó que se tendiera una cortina de humo, mientras su flota ejecutaba la maniobra conocida como *Gefechtskehrtwendung,* una media vuelta en combate. Eso significa que todos los barcos de la línea invierten su sentido de marcha; una vez vuelven a ir adelante, la vanguardia se ha convertido en retaguardia y viceversa. **1, 2, 3, 4, 5ª, 1ª, 4ª y 2ª** escuadras (Evan-Thomas, Burney, Sturdee, Jerram). **5** cruceros de Beatty. **6** 1ª Escuadra de Cruceros (Arbuthnot). **7** Cruceros de Hood. **8** El *Invincible* hundido a las 18.35.

9 Cortina de humo alemana. **10** Cruceros de Hipper. **11** La flota alemana gira a las 18.35. **12** El *Lützow* dañado navega hacia casa. **13** 3ª, 1ª y 2ª escuadras alemanas (Behncke, Schmidt, Mauve).



La foto aérea, *izquierda,* muestra el SMS *Von der Tann* y el SMS *Seydlitz* practicando la táctica que usaría Scheer en Jutlandia. El tercer barco es un destructor que actúa como guardia de flanco.

El vicealmirante Franz von Hipper (1863-1932), tercero por la izquierda, y su plana mayor, con el capitán del barco (izquierda) en la cubierta del SMS *Schwaben, abajo.* Todos los oficiales llevan la Cruz de Hierro de 1ª o 2ª clase, Hipper además luce la *Pour le Mérite.*

En la batalla, Hipper actuaba instantánea e impulsivamente, pero sus decisiones se apoyaban en una amplia experiencia y un gran conocimiento de la guerra naval. Es el único de los cuatro mandos superiores a quien no se puede culpar por sus acciones en Jutlandia.

aún, la flota alemana estaba a estribor de Jellicoe y no justo delante, como este creía.

Jellicoe había enviado al contraalmirante sir Horace Hood y su 3ª Escuadra de Cruceros en ayuda de Beatty, pero, debido a los errores de cálculo, esta fuerza se movió demasiado al este. Paradójicamente, tal error ayudaría a la flota británica. Hipper, navegando al norte paralelo a Beatty, de nuevo avistó a su enemigo al oeste hacia las 17.40; viró inmediatamente al este pero fue bombardeado entonces por Hood que, inadvertidamente, había ocupado una posición errónea. Hipper, temeroso a estas alturas, se apartó, primero al sudeste, luego al sudoeste, con el fin de evitar lo que creía que era la vanguardia de las escuadras de Jellicoe.

La flota de Jellicoe avanzaba hacia el sur en seis columnas en paralelo y con una amplitud de 4 millas (6,5 km) de lado a lado. A las 18.25 desplegó su columna de ala de babor, mientras que su ala de estribor, que actualmente maniobraba a la izquierda, o lado de babor, abrió el fuego. Su decisión de virar al este le permitía navegar a través de la cabeza de la línea alemana, una maniobra potencialmente letal conocida como «cruzar la T». Scheer, al observarlo, viró en redondo de inmediato: no tenía intención de enfrentarse a la mayor potencia de fuego de la Gran Flota británica en su totalidad y estaba ahora seriamente preocupado por la seguridad de sus barcos.

Pero Scheer viró al oeste, en dirección contrario al refugio de sus puertos en el norte de Alemania, de manera que Jellicoe desplegó entonces su flota en una línea curva entre los alemanes, de nuevo fuera del alcance de la vista, y sus bases. Esta era una maniobra hábil pero arriesgaba quedar frustrada porque la combinación de niebla, denso humo provocado por los cañones y las chimeneas, y la luz mortecina hacían cada vez menor la visibilidad.

Scheer siguió navegando hacia el oeste 20 minutos más y luego, por razones nunca suficientemente explicadas, volvió de nuevo al este. En cualquier caso, este movimiento, hecho ignorando la verdadera posición de Jellicoe, lo situó, poco después de las 19.00, frente al centro de la flota de Jellicoe. La distancia entre las flotas era de no más de 5 millas (8 km) y, al poco, la mayoría de los buques de ambas flotas entraban en combate. Scheer decidió rápidamente escapar de lo que podía ser una situación potencialmente desastrosa mediante una maniobra conocida como *«Gefechtskehrtwendung»*, una «media vuelta de combate» en la que todos los barcos dan media vuelta a estribor, invirtiendo su línea y formación.

El almirante sir John Jellicoe (1859-1935), *abajo izquierda,* se destacó primero como especialista en artillería e intervino en el diseño del *Dreadnought.* Más tarde estuvo destinado en el Arlmirantazgo, donde alcanzó renombre como administrador e hizo mucho por asegurar la supremacía de la armada británica. Después de la guerra fue gobernador general de Nueva Zelanda (1920-1924) y fue hecho conde en 1925.







El vicealmirante sir David Beatty (1871-1936), *arriba derecha,* recibió carta blanca de Jellicoe en Jutlandia. Oficial dotado y extravagante, sirvió en el Nilo y ante la costa china. En 1910 se convirtió en el almirante inglés más joven desde Nelson. Después de la guerra fue nombrado primer lord del mar (1919-1927).



El almirante Reinhard Scheer (1863-1928) con el comandante en jefe de la Armada alemana, el príncipe Enrique de Prusia, hermano del káiser (con prismáticos), observan las maniobras antes de la guerra. Scheer era la antítesis de Jellicoe y tomaba decisiones rápidas por su cuenta, a menudo opuestas a los informes detallados y los consejos de sus subordinados inmediatos.

El cachorro de león

La Cruz de Victoria, máxima condecoración británica por valor en acción, fue concedida póstumamente a John Travers Cornwell, de 16 años, que servía en Jutlandia en el crucero de bolsillo *Chester*. Era grumete de primera clase y su tarea era de vigía en el cañón de 5,5" de proa del *Chester*.

Hacia las 17.30, el *Chester* cayó bajo fuego intenso y toda la dotación del cañón, salvo Cornwell, fueron muertos. Aunque gravemente herido en el pecho y bajo fuego continuado, se mantuvo con la mayor fortaleza junto a su cañón durante más de 15 minutos. Cornwell murió en el hospital, el 2 de junio.

En su informe de batalla, Beatty describió el valor de Cornwell y lo recomendó para «un reconocimiento especial... como agradecimiento al alto ejemplo dado por él». El cartel de abajo, que conmemora el coraje de Cornwell, fue firmado por Edward Carson, primer lord del Almirantazgo, Jellicoe y Beatty.











Mientras se alejaba hacia el sudeste, pasó intermitentemente bajo el fuego pesado de las escuadras de Beatty y Hood. Hacia las 21.00, el anochecer vino en su ayuda, dándole casi seis horas de oscuridad, y se separó de sus enemigos. Scheer tenía tres rutas posibles, a través de los campos de minas alemanes, hacia sus puertos y la seguridad; decidió tomar la más breve, atravesando los bajíos de Horn, puesto que la mayoría de sus barcos eran más lentos que los británicos.

Durante las horas de oscuridad, Jellicoe se vio importunado por mensajes contradictorios y a menudo inexactos, tanto de sus barcos exploradores como del Almirantazgo. Entonces, con la primera luz del alba, hacia las 02.30 del 1 de junio, Jellicoe se encontró el mar desierto: Scheer se le había escapado y llegaba, en aquel momento, a su refugio. El comandante británico, después de recorrer el mar en busca de náufragos hasta las 13.15, ordenó que los barcos volvieran a puerto.

¿Quién ganó Jutlandia?

A menudo se ha llamado a la batalla de Jutlandia un «empate»; pero en la guerra no hay en realidad algo así. Aunque las pérdidas puedan ser iguales, el bando que pueda sostenerlas mejor extraerá más beneficio de cualquier enfrentamiento. Es cierto que los británicos sufrieron pérdidas más serias: tres cruceros, tres cruceros acorazados y ocho destructores contra un acorazado, cinco cruceros de diverso tipo y cinco destructores alemanes. Además, los británicos perdieron 6.097 marinos contra 2.545 de los alemanes.

Pero los buques ingleses que llegaron salvos a sus puertos el 2 de junio fueron reavituallados y dispuestos para hacerse a la mar en cinco horas, mientras que los alemanes necesitaron casi cuatro meses para disponer su flota para navegar de nuevo. Los alemanes hicieron más ataques, pero limitados, contra la costa británica, pero la Flota de Alta Mar nunca volvió a hacerse a ella con la intención de enfrentarse a la Gran Flota británica.

Para Gran Bretaña, la lección de Jutlandia es que no debería haberse producido nunca. Mientras los británicos tenían superioridad numérica en barcos, a partir de la serie de victorias de Nelson, la autoridad de la Royal Navy era una verdad aceptada.

Aunque después de Jutlandia Gran Bretaña todavía tenía más barcos que Alemania, como dijo el káiser, «se ha roto el hechizo de Trafalgar». Las incertidumbres en las mentes de los aliados de Gran Bretaña se vieron incrementadas por el retraso de Jellicoe en presentar un informe y se aceptó ampliamente la versión alemana de la batalla.

El cuadro de Claus Bergen del *Seydlitz* capta la formidable realidad de la batalla. Dos de sus cañones de estribor están fuera de servicio, pero todavía dispara por babor. Su cubierta rasgada por las granadas está cubierta de cartuchos gastados y mangueras contraincendios.



Los carteles de reclutamiento proliferaron. Este para el Woman's Royal Naval Service (Real servicio naval de la mujer) muestra a una «wren» en una pose dramática, sobre los acantilados blancos de Dover, llamando a cumplir con su deber a las mujeres jóvenes; mientras la imagen de Nelson, *derecha*, el mayor marino inglés, es usada para provocar una respuesta patriótica de los hombres.

La Ofensiva de Brusilov *Junio-septiembre de 1916*

La estrategia ofensiva rusa para 1916 estaba destinada a coincidir con ataques anglofranceses en el Oeste. El plan preveía un ataque principal por 26 divisiones, en julio, sobre un frente de 40 km que iba al norte y al sur del pueblo de Krevo, al oeste de Molodetchno. Mientras tanto, para asegurar que los alemanes no enviaban por ferrocarril refuerzos al área amenazada, se ordenó al general Alexei Alexeievivh Brusilov, comandante del Frente Sudoeste, que hiciera sondeos de prueba en su área. En realidad, se pretendía que fueran poco más que correrías de reconocimiento a gran escala.

El amplio mando de Brusilov, que se extendía desde el este de Kovel al norte hasta Czernowitz en la frontera rusa, abarcaba cuatro ejércitos bajo las órdenes de generales de probado valor. De norte a sur, se trataba del VIII Ejército (Kaledin), el XI (Sakharov), el VII (Scherbachev) y el IX (Lechitski). Brusilov, que había conducido el avance meridional ruso durante la batalla de Lemberg, ya había demostrado ser un comandante formidable cuando se trataba de dirigir grandes masas de tropas.

Se oponían a los rusos el IV Ejército austrohúngaro (archiduque José Fernando), justo al sur de los pantanos del Pripet, con el I Ejército (Von Brulog) a su derecha. Entre ellos se mezclaba de manera indefinida el ejército del general alemán Von Linsingen, cuyas fuerzas se componían de formaciones austríacas y alemanas. El II Ejército austrohúngaro (Böhm-Ermolli) mantenía el frente entre Dubno y un punto un poco al norte de la vía férrea Tarnopol-Lemberg. Sostenían el resto de la línea el conde prusiano Felix von Bothmer y el VII Ejército del general Von Pflanzer-Baltin, con un fuerte contingente húngaro entre las tropas austríacas.

Aunque los ejércitos austríacos y húngaros estaban muy mezclados étnicamente y acogían a alemanes, magiares, polacos e incluso italianos, había muy pocos regimientos checos, eslovenos y rutenos en el frente ruso. Puesto que, en el fondo, estos hombres simpatizaban con la causa eslava, la propaganda paneslavista establecía que aquellos destinados en el Este siempre estaban en las posiciones más expuestas y eran tiroteados por la espalda a la menor señal de duda o de lo que podría ser considerado como «traición».

Hacia fines de mayo, Italia, que sufría reveses a manos de los austríacos, suplicó ayuda a su aliado ruso. En efecto, el propio rey de Italia telegrafió la petición al zar. La Stavka, el consejo militar supremo ruso, preguntó a Brusilov qué podía hacer para quitar un poco de presión sobre los italianos evitando que se sacaran más unidades austríacas del frente del Este para el Trenti-

El resurgir ruso

En 1915, Rusia había sido herida gravemente y forzada a la retirada general, pero no había sido destruida. A los alemanes, sin embargo, les parecía incapaz de más ofensivas inmediatas; así, a fines de 1915, el general Erich von Falkenhayn se sintió lo suficientemente seguro como para enviar tropas y artillería al frente del Oeste. Al mismo tiempo, el general Conrad von Hötzendorf se llevó a grandes cantidades de tropas austríacas para proseguir su ofensiva que se desarrollaba en Italia.

Obtenido ese período de respiro durante el invierno de 1915-1916 y la primavera siguiente, Rusia había hecho, en efecto, una recuperación asombrosa. Fabricaba unos 100.000 fusiles al mes; recibía muchos más de sus aliados; y se había alistado y adiestrado parcialmente a cientos de miles de reclutas. Pero todavía estaba seriamente poco armada y avituallada. No obstante, los rusos planeaban una nueva ofensiva para el verano de 1916, para ser lanzada al unísono con los ataques anglofranceses en el Somme y los golpes italianos contra Austria.

Pero el ataque de Von Falkenhayn contra Verdún cruzó los planes de los Aliados. La ofensiva del Somme estaba en peligro y los italianos sufrían los ataques austríacos en el Trentino, donde perdieron unos 300 cañones y 150.000 hombres.

Francia e Italia imploraron a Rusia que atacara para aliviarlos. Aunque las peticiones llegaron cuando Rusia todavía no estaba lista para avanzar, por segunda vez se lanzó de inmediato y sin dudarlo en ayuda de sus aliados.



Oficiales y soldados de un regimiento de artillería pesada de campaña ruso, *arriba*. Se necesitaban anteojos contra el polvo cuando se movían los miles de hombres y caballos involucrados en la ofensiva.



Un tren de avituallamiento ligero austríaco tirado por perros para una unidad de ametralladoras, *derecha*. También se usaba a los perros para tirar de las ametralladoras. Puesto que había rabia, todos los perros del ejército llevaban bozal.





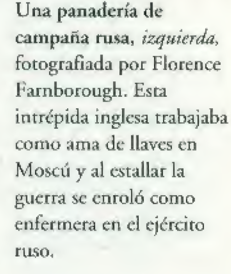
Cabos de los Tiroler Kaiserjäger en el frente del Este en 1916. Las cinco bolas de lana verde sujetas a sus uniformes indican que se trata de tiradores. Los batallones de *jäger* (cazadores) estaban adiestrados y equipados especialmente para servir de infantería de apoyo a la caballería.

no. Brusilov, un comandante impulsivo y optimista, contestó que estaba tan bien situado para avanzar contra Austria como podría estarlo en julio. No obstante, sus superiores le especificaron que nada había de interponerse o perjudicar el golpe principal que se había de dar en el área de Krevo; pero, aparte de eso, Brusilov tenía prácticamente poderes para hacer lo que creyera oportuno.

La respuesta de Brusilov fue muy poco convencional. Tenía apenas igualdad de fuerzas con los austríacos —38 divisiones contra 37—, cifra totalmente insuficiente para iniciar un ataque, puesto que todas las pruebas habían demostrado que una proporción de 3 a 1 era lo mínimo para tener una expectativa razonable de éxito. Sin embargo, tenía a su favor un factor potencialmente decisivo: el elemento sorpresa.

Para poder aprovecharla plenamente, Brusilov decidió lanzar sus cuatro ejércitos a





Una panadería de campaña rusa, *izquierda,* fotografiada por Florence Farnborough. Esta intrépida inglesa trabajaba como ama de llaves en Moscú y al estallar la guerra se enroló como enfermera en el ejército ruso.



OFENSIVA DE BRUSILOV/2

El VIII Ejército ruso, bajo el mando del general Kaledin, estaba en el ala derecha de Brusilov en Volhinia. Los tres cuerpos centrales —el 8º, el 39º y el 40º—, con casi 100 batallones, se situaron en un frente de 40 km de largo en la región de Lutsk, donde debía darse el golpe principal del ataque de cuatro puntas de Brusilov.

Frente a ellos estaba el IV Ejército austríaco del archiduque José Fernando, con un número de armas y cañones casi comparable.

La ofensiva de Kaledin se inició a las 04.00 h del 4 de junio de 1916, con un fuego de barrera de unas cinco horas a cargo de unos 420 cañones y obuses pesados. Hicieron el asalto principal la 102ª Divisón de Reserva de Infantería y la 2ª de Fusileros, contra las posiciones austríacas al sur de la carretera de Stavok a Lutsk (6).

Las defensas austríacas eran sumamente fuertes, con un cinturón de alambre de espino de unos 12 m de profundidad delante de tres líneas muy cercanas de trincheras muy fortificadas (3). Pero los austríacos se habían vuelto laxos y confiados en exceso y el bombardeo los cogió desprevenidos.

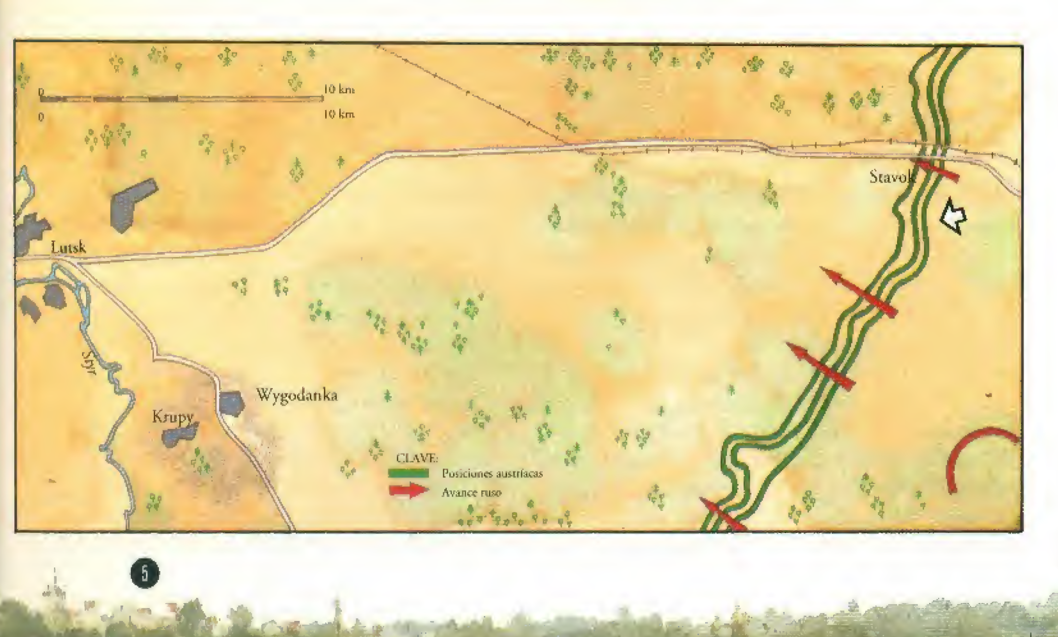
La sorpresa fue absoluta cuando, hacia las 09.00, los soldados rusos empezaron a surgir de grandes casamatas subterráneas (1) que habían excavado durante las semanas anteriores.

Esas casamatas acogían hasta 1.000 hombres y, desde ellas, en las narices de los austríacos, los rusos habían cavado túneles que, en algunos lugares, llegaban hasta 50 pasos de sus líneas.



Sacerdotes (8) con iconos y banderas bendecían a los rusos mientras salían de sus cuevas, enardeciéndolos. En unos minutos, una oleada de soldados superó la primera trinchera, repleta de hombres. Luego, como les habían instruido, siguieron adelante para capturar la segunda trinchera, levemente defendida, antes de detenerse para consolidarse.

El bombardeo había levantado el suelo arenoso y seco y el aire estaba cargado de polvo fino que obstruía las miras de cañones y ametralladoras austríacas. Los artilleros empezaron a enarmonar y huir a las alturas alrededor de Krupy (2).



El pueblo de Stavok (7), que formaba parte de la línea del frente austríaco, fue incendiado. Los miembros de las planas mayores que se habían establecido en él se subieron a sus coches y lo abandonaron en dirección a Lutsk (5), a unos pocos kilómetros.

Sorprendidos por el cañoneo y el rápido ataque ruso, muchos austríacos capitularon. Pero, aquí y allá, grupos de hombres se reunieron alrededor de las banderas regimentales (4), como lo habían hecho en guerras anteriores. Estos islotes de soldados combatieron con fiereza, cuerpo a cuerpo, con los soldados rusos que habían surgido a su alrededor.

Al anochecer los rusos habían superado casi todas las posiciones enemigas. En las dos primeras trincheras, más de tres cuartos de las bajas fueron resultado de disparos de cañón o de fusil. Pero en la tercera los soldados simplemente se rindieron, incluso se habló de oficiales huyendo delante de sus hombres. La desmoralización del IV Ejército austríaco era completa.

Para el 6 de junio habían sido rechazados detrás del río Styr y Lutsk había caído. En dos días, los rusos capturaron 77 cañones y 50.000 hombres.

la vez en un frente amplio, en lugar de concetrarlos, según dictaba la ortodoxia militar contemporánea. La previsión para esos ataques concertados en el mismo día impedía que las fuerzas austrohúngaras pudieran ser trasladadas de un lado a otro detrás de sus líneas, por lo que hubieron de combatir cada batalla con la sola ayuda de sus reservas locales.

Además, Brusilov renunció a la estrategia corriente por entonces de aplastar primero al enemigo con un fuego de artillería prolongado. Según sus instrucciones, el bombardeo había de ser intenso pero durar menos de un día y su objetivo serían puntos seleccionados de las defensas del enemigo más que destruir las trincheras austríacas.

El resultado fue desconcertante. Puesto que Brusilov no había hecho sondeos tácticos y puesto que su cañoneo había sido tan breve, los austríacos desconocían totalmente sus intenciones. Como comentaría posteriormente el general Erich von Frankenhayn, comandante de las fuerzas alemanas en el frente: «Después de una preparación artillera relativamente breve, ellos [las tropas rusas] salieron de sus trincheras y simplemente empezaron a marchar hacia adelante.»

Tanto los oficiales como los soldados del ejército austrohúngaro tenían además un defecto que podría calificarse como su «marca de fábrica»: la autocomplacencia. En efecto, en vísperas de la ofensiva de Brusilov, el general Conrad von Hötzendorf, comandante supremo austríaco, le dijo a un periodista sueco: «No volverán a conquistarnos».

La única justificación para el exagerado sentimiento de seguridad austríaco era la fortaleza de sus líneas defensivas. En la ma-



Jóvenes rusas, encolerizadas porque tantos soldados se rindieran en 1917, se alistaron y formaron el Batallón de la Muerte, jurando vencer o morir. Tuvieron la misma instrucción que los hombres y llevaban el mismo fusil Nagant. En la foto, tres de ellas hacen el juramento.

Los bolcheviques, que las odiaban por querer luchar hasta el fin, violaban, mutilaban o mataban a cualquiera que cayera en sus manos.

Prisioneros austríacos, *abajo,* capturados al principio de la campaña de Brusilov.



El desastre de Rumania

Rumania entró en la guerra contra Austria el 28 de agosto de 1916, cuando la ofensiva de Brusilov parecía irresistible. Había esperado los acontecimiento durante dos años, con el ejército movilizado, antes de decidir a qué bando unirse. Su objetivo era obtener Transilvania y ahora había invadido de repente ese país y ocupado su mayor parte. Pero pocas veces ha habido un error de cálculo militar tan grande y un desquite tan inmediato.

El alto mando alemán había previsto la estrategia de Rumania y había reunido calladamente dos ejércitos para contrarrestar precisamente esta eventualidad. El I Ejército austríaco, bajo el mando del general von Falkenhayn, atacó el ala izquierda rumana mientras un segundo grupo de ejército, bajo las órdenes del general von Mackensen, invadió desde Bulgaria la provincia de Dobrudja, junto a la costa del mar Negro.



Los rumanos, atrapados por el movimiento de tenaza, fueron pronto expulsados de Transilvania. Luego, mientras Falkenhayn invadía el norte de Rumania, el ejército reforzado de Mackensen tenía las manos libres para cruzar el Danubio y asaltarla desde el sur. Durante noviembre, las Potencias Centrales ocuparon Rumania y el 6 de diciembre cayó su capital, Bucarest. Las tropas rumanas restantes huyeron hacia la provincia septentrional de Moldavia, donde las protegía, de alguna manera, su aliado ruso.

En el espacio de unos tres meses se habían frustrado las ambiciones expansionistas de Rumania y su territorio había sido ocupado. Más importante aún, sus grandes reservas de trigo y petróleo estaban ahora en manos de las Potencias Centrales, que también tenían acceso directo a sus satélites orientales de Bulgaria y Turquía.

yoría de los sectores había cinco líneas de trincheras, una detrás de otra, muchas de hasta 6 m de profundidad, con cuevas similares a las del frente del Oeste. Estaban todas cubiertas de vigas de madera aseguradas con hormigón y bien equipadas con alimentos y armas.

Convencido de la imposibilidad de tener que volver a retirarse jamás, el ejército austríaco se había aposentado para una existencia cómoda, casi campestre. Había panaderías, fábricas de salchichas y centrales para conservar y ahumar carne justo detrás del frente y hasta se habían construido almacenes refrigeradores. También se empleaban grandes cantidades de hombres en el cultivo de verduras y cereales para el ejército; pero no llegarían a recoger las cosechas, puesto que sus campos y graneros serían presa de los rusos o se quemarían.

Lo imprevisto del ataque de Brusilov, el 4 de junio, pescó a Austria militarmente a contrapié. Mientras los rusos se acercaban a las líneas enemigas, su artillería usaba fuego de cortina para mantener a las fuerzas austríacas en sus profundas trincheras, que se convirtieron en prisiones de las que no podían escapar. Las únicas opciones fueron la muerte o la rendición.

El ataque de Brusilov rompió las líneas enemigas en un frente de casi 320 km, lanzando al ejército austrohúngaro a una retirada desordenada y obligándolo a rendirse en grandes sectores. Sólo el primer día, los rusos capturaron 13.000 hombres; para el mediodía del 6 de junio, la tercera jornada de la ofensiva, las capturas habían alcanzado la cifra de 900 oficiales y 40.000 hombres, junto con 77 cañones y 134 ametralladoras.

Aunque los ejércitos XI y VII en el centro ruso sólo hicieron avances reducidos, en el norte el VIII Ejército del general Kaledin avanzó más de 15 km en profundidad sobre un frente de 50 km de ancho. Y, en el sur, el IX Ejército del general Lechitski tenía éxitos incluso más espectaculares en la región de Czernowitz.

La situación se había transformado. La ofensiva tomó impulso y, en ese mes, Brusilov había avanzado casi 100 km a lo largo de todo el frente. Conquistó casi toda Bukovina y las importantes ciudades de Lutsk, Dubno y Czernowitz. Además, capturó unos 350.000 prisioneros, unas 400 piezas de artillería y 1300 ametralladoras.

La Stavka, aunque asombrada, se apresuró a reforzar a Brusilov. La ofensiva propuesta y preparada en la región de Krevo adquirió importancia secundaria; todos los refuerzos, armamento y suministros fueron enviados en ayuda de Brusilov. Aquí, sin embargo, el insuficiente sistema ferroviario ruso volvería a desempeñar su habitual y frustrante papel. Aunque desde el 10 de junio se enviaran tropas al sur en apoyo de Brusilov, no podían ser transportadas en número suficiente como para aportar la ayuda suficiente para mantener el ataque ni para afectar en gran medida su resultado.

A principios de julio también se hizo evidente que mientras las tropas austríacas se retiraban desordenadamente, las formacio-



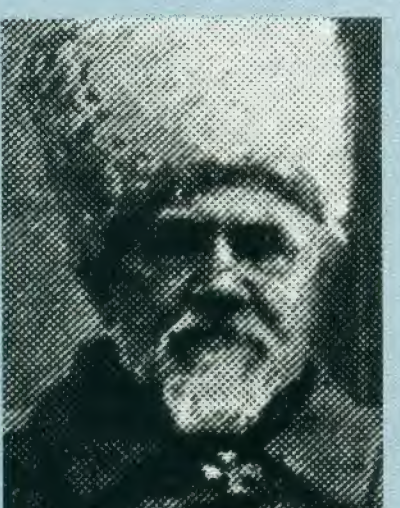
Refuerzos rusos entran en Czernowitz, en la Bukovina. Pasan antes diversas unidades que habían conquistado previamente la ciudad, un importante nudo ferroviario.



La venta de cintas «Vivat», diseñadas por artistas famosos e impresas hábilmente sobre seda, era uno de los modos de conseguir dinero para la beneficencia de guerra austríaca. Esta cinta, *arriba*, que muestra el mortero de 30,5 cm, con la leyenda «Nuestra fuerza, vuestra destrucción», se vendía a beneficio de la Cruz Roja y de otras fundaciones de guerra.

LOS COMANDANTES

KALEDIN



BRUSILOV



BOTHMER



El **General Alexei Brusilov (1853-1926)** fue el único hombre que dio su nombre a una campaña. Jinete famoso, en 1906 se le encomendó el mando de la 2ª División de Caballería de la Guardia. Más tarde, al ser un administrador dotado, estuvo destinado como adjunto militar del gobernador general de Varsovia.

En 1914, a la cabeza del VIII Ejército, dirigió la invasión rusa de Galitzia y luchó con éxito en los Cárpatos. Brusilov aceptó el mando del Frente Sudoeste del general Ivanov en abril de 1916. Después de la revolución rusa, Brusilov sirvió en el Ejército Rojo de Trotski y ayudó a planear la campaña contra Polonia, en 1920.

El **General Kaledin (?)** sucedió a Brusilov como comandante del VIII Ejército. Aunque era un competente general de caballería, que se distinguió durante los combates de junio de 1916, era también un hombre neurótico y excéntrico al que Brusilov debía estimular.

El **general Felix von Bothmer (1852-1919)** se destacó cuando su infantería tuvo algunos éxitos notables durante la ofensiva de Brusilov. Parece que fue ejecutado por los comunistas, en Munich, en 1919.

nes alemanas en el frente luchaban tenazmente y se replegaban con orden. El Südarmee del general von Bothmer, situado a grandes rasgos entre los ejércitos XI y VII rusos, retrasó el avance de Brusilov, como lo hacían las unidades del general von Lissingen frente al ala derecha rusa en la región de Kovel.

La situación, sin embargo, seguía siendo extremadamente peligrosa para las Potencias Centrales. Falkenhayn se vio obligado a reunir refuerzos alemanes de donde pudiera: tres divisiones del norte del frente, más de las reservas, y cuatro del frente del Oeste, donde eran muy necesarias. También Conrad no tuvo otro remedio que paralizar su ofensiva en el Trentino y devolver al frente del Este, en un intento de detener el amenazador avance de Brusilov, las tropas que antes había retirado de allí.

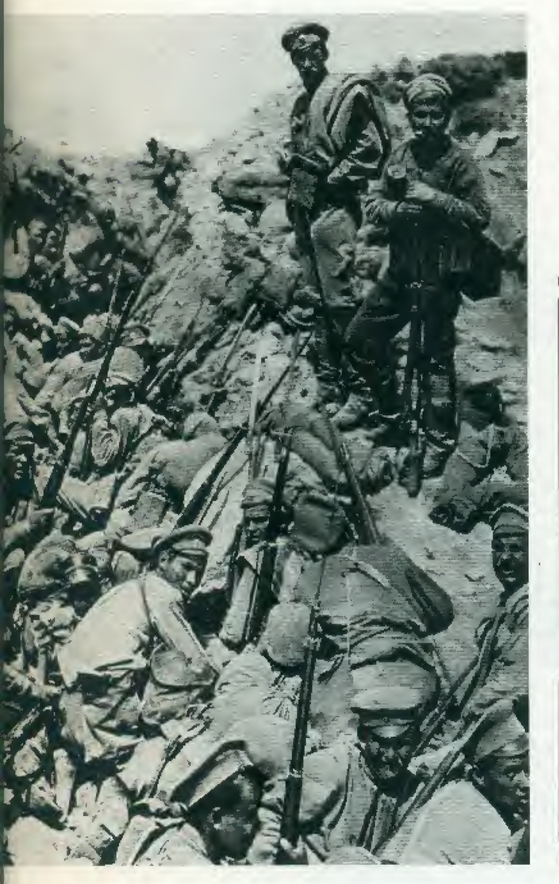
A mediados de julio, la situación había vuelto a cambiar. Austria había sido castigada y tenía que someterse a Alemania en todas las decisiones estratégicas, mientras que Conrad fue al poco relevado de su mando. Los ferrocarriles alemanes, siempre más numerosos y eficientes que los de Rusia, permitieron llevar rápidamente refuerzos, y la línea alemana ahora era ininterrumpida a lo largo de todo el frente. Linsingen y Böhm-Ermolli usaron algunos de los primeros refuerzos para un contraataque contra el borde norte de la ofensiva de Brusilov.

Este fue el momento en que Brusilov debería haberse detenido. Por el contrario, urgido por sus jefes militares y políticos, si-

Esta tarjeta de propaganda muestra artillería a caballo austrohúngara, con su cañón de 5 cm, al marchar por el pueblo polaco conquistado de Kazimierz, cerca de Cholm.



Infantería rusa en el frente de Galitzia, a cubierto en una trinchera alemana conquistada. Sus bayonetas están caladas para otro ataque, pero ni siquiera en fecha tan avanzada (1917) se les han suministrado cascos de acero.



guió adelante durante julio y agosto, mientras al norte de sus tropas se llevaban a cabo otros ataques rusos. Al sur, los ejércitos rusos llegaron, y luego se desplomaron, en la gran barrera de los Cárpatos. A fines de agosto, Brusilov había avanzado tanto que hacía difícil, a menudo imposible, el reabastecimiento de hombres y material. Se había perdido el ímpetu.

El valor de los soldados rusos no podía equilibrar la artillería concentrada y el fuego de ametralladoras alemanes y los rusos sufrieron casi un millón de bajas; los alemanes tuvieron relativamente pocas. La entrada en guerra de Rumania contra Austria, a fines de agosto, sólo sirvió para alargar la frontera rusa, dejándola abierta a otro ataque cuando Rumania se desplomó, en diciembre de 1916. Pero por esa época, las grandes pérdidas de vidas y las dificultades crecientes para obtener armas y suministros habían agotado la voluntad de las tropas rusas para seguir atacando y la situación derivó hacia el estancamiento.

La victoria anuncia el desastre

La ofensiva de Brusilov, al principio tan inesperadamente exitosa, de hecho marcó una inversión fatal. Pocos se daban cuenta de que, a pesar de la notable recuperación de Rusia en 1917, su esfuerzo se veía limitado por el armamento y suministro insuficiente. Menos todavía se daban cuenta de que los éxitos iniciales rusos eran posibles principalmente porque las unidades de elite austriacas habían sido trasladadas a Italia. Tampoco estimaban los aliados cuán grandes serían inevitablemente las pérdidas en vidas por lo subequipada que estaba Rusia.

Pero Brusilov lo sabía y estaba dispuesto a pagar ese precio, porque más tarde escribió: «Sólo de maniobras se puede montar una ofensiva sin bajas... Para vencer al enemigo, o para golpearlo, hemos de sufrir bajas y estas pueden ser considerables.»

Lo fueron. Aunque los logros de Brusilov fueron muy grandes —capturó 350.000 prisioneros, conquistó la Bukovina y extensas regiones de Galitzia— mantuvo su ofensiva más allá de un punto razonable y perdió en el proceso a un millón de hombres. El golpe resultó mortal para Rusia. Un sacrificio tal, sin un premio significativo duradero, estaba más allá de lo soportable y colaboró a preparar los ingredientes para el colapso que sumergiría Rusia en la confusión, la anarquía y, casi inmediatamente, en la revolución.

Revolución en Rusia

Las grandes pérdidas rusas, tanto en vidas como en material, que culminaron con las de las tropas que mantuvieron la ofensiva de Brusilov, fueron significativas en el estallido de la revolución rusa de 1917. A fines de febrero de 1917, apoyados por gran parte de la intelligentsia, los obreros de Petrogrado y Moscú fueron incitados a alborotar reclamando mejores raciones de comida.

Siguió el motín. El zar, Nicolás II, disolvió la Duma, o parlamento, pero se vio obligado a abdicar después de que la Duma nombrara un gobierno provisional moderado, encabezado por el príncipe Lvov. Esto satisfizo a pocos pero dejó la vía abierta a los bolcheviques, que pronto controlaron el ejército y todas las comunicaciones y transportes en Petrogrado. También establecieron los «soviets» o consejos populares opuestos al gobierno liberal.

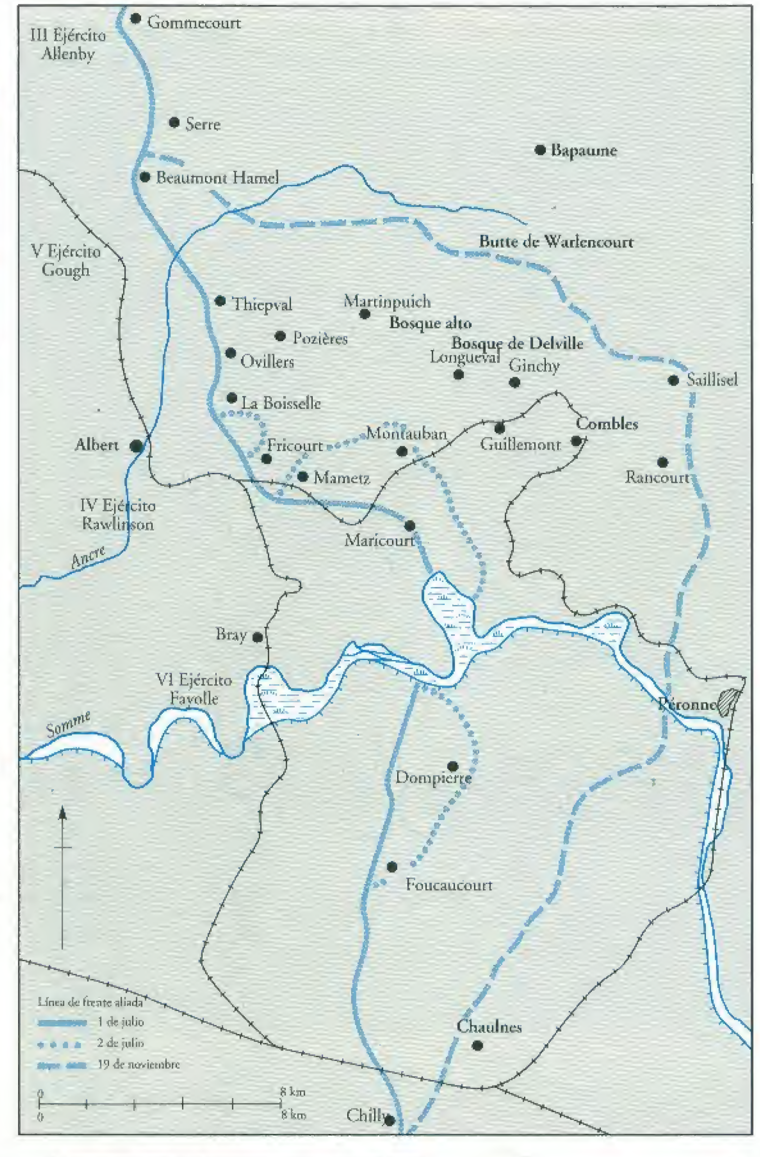
En abril volvieron a Rusia Lenin y otros bolcheviques del exilio, ayudados por los alemanes. El fracaso de la ofensiva de julio del ejército incrementó el descontento y, la noche del 6 al 7 de noviembre, los bolcheviques montaron un golpe armado y establecieron un gobierno dirigido por Lenin.



Un cuadro simbólico de Kustodiev muestra a la revolución rusa marchando a través de Petrogrado, mientras figuras insignificantes de soldados, sacerdotes y capitalistas corretean alrededor de sus pies.

La batalla del Somme *Julio-noviembre de 1916*





Durante los primeros meses de 1916, las tropas británicas en Francia, tanto los pocos soldados regulares restantes de la vieja BEF como los impacientes reclutas del nuevo ejército de Kitchener, se preparaban para el «gran empujón». Había un espíritu de optimismo y estímulo entre los hombres porque sentían, o les habían hecho creer, que esta era la ofensiva —planeada y preparada cuidadosamente— que destruiría el ejército alemán y terminaría pronto con la guerra.

Las formaciones destinadas a llevar el ataque, en un frente que se extendía de Gommecourt en el norte hasta cerca de Silly en el sur, eran el III Ejército (Allenby), el V° (Gough), el IV (Rawlinson) británicos y el VI Ejército francés (Fayolle). Se les enfrentaba el I Ejército del príncipe Rupprecht de Baviera.

De acuerdo con los métodos militares del momento, la nueva ofensiva se vio precedida por cinco días de intenso cañoneo con la intención de borrar las trincheras alemanas y eliminar la resistencia. Los Aliados se verían decepcionados a ese respecto. El bombardeo no sólo avisó a los alemanes sobre la región donde se centraría el ataque, sino que fue ampliamente ineficaz. Porque, en palabras del general sir Douglas Haig en un informe posterior a la batalla, las defensas alemanas «no sólo formaban una serie de enlaces sucesivos, sino un sistema completo de enorme profundidad y fuerza».

El suelo calizo había facilitado la excavación y algunos de los refugios alemanes tenían hasta 12 m de profundidad. Además, el fuego de artillería aliado había creado millares de cráteres, que resultarían un obstáculo para el avance mientras ofrecían una excelente cobertura para ametralladores y francotiradores alemanes. Atravesar las líneas alemanas en este sector era, por lo tanto, desde cualquier punto de vista racional, tremendamente difícil.

Contra estas defensas fueron lanzados impacientes soldados jóvenes, británicos y franceses. Algunos soldados británicos llevaban hasta 30 kg de equipo —la mitad del peso de un hombre medio— que, aparte del fusil y la munición, incluía objetos tales como teléfonos de campaña, picos y palas. Como observó el historiador militar sir Basil Liddel Hart: «Incluso a una mula del ejército, el animal de carga proverbial y natural, no se le hace llevar más que un tercio de su propio peso».

Los soldados tenían que esfrozarse fuera de sus trincheras y los heridos, una vez caídos, apenas podían levantarse, dado que se encontraban como caballeros medievales, acorazadas en sus armaduras. Además, las órdenes del IV Ejército a los batallones no expertos eran de avanzar a través de la tierra de nadie a «un paso regular»: apenas podrían haber hecho más, a la vista de su carga. Avanzaban en formación cerrada, la disposi-

Un campo de batalla mal elegido

A grandes rasgos, la estrategia aliada para 1916 se había establecido el 5 de diciembre de 1915. Rusia montaría una ofensiva en el Este, mientras los ejércitos anglofranceses atacarían en el Somme e Italia acometía a Austria. Pero el ataque inesperado del general Erich von Falkenhayn contra Verdún, en febrero de 1916, desbarató esos planes.

Aunque la ofensiva rusa de Brusilov obtuvo éxitos temporales tan espectaculares, la sangrienta lucha en Verdún obligó a los Aliados a redesplegar sus fuerzas. El X Ejército francés fue retirado para reforzar las formaciones de Verdún, y hubo que reorganizar la ofensiva del Somme, pretendida como un ataque de 40 divisiones francesas y 25 británicas a lo largo de un frente de 63 km. Ahora, el papel principal lo tendrían los británicos.

Los historiadores, mejor informados después, todavía discuten la sabiduría del ataque en el Somme. Pocos beneficios estratégicos podían obtenerse aun cuando se rompieran las líneas alemanas, cosa improbable desde que sus fuertes defensas en profundidad estaban situadas en terreno elevado. En efecto, el general Foch, que mandaba las cinco divisiones francesas disponibles para la ofensiva, era escéptico al respecto de la empresa, como lo era al principio el general sir Henry Rawlinson, comandante del IV Ejército, mientras que el general sir Douglas Haig habría preferido atacar en Flandes.

Pero, para apartar a los alemanes de Verdún, los dirigentes políticos ordenaron a sus comandantes que atacaran. Esperaban que la ofensiva, además, destruyera el ejército enemigo en campaña o permitiera volver, por lo menos, una guerra de movimiento.



Fusileros de Northumberland (conocidos como Irlandeses de Tyneside y Escoceses de Tyneside), *arriba,* entran en acción en La Boisselle, el 1 de julio, primer día de la batalla.

El primer peligro para la infantería británica atacante era atravesar sus propias alambradas, *izquierda.* Una vez en tierra de nadie, se convertían en blancos de los ametralladores alemanes, y los pocos que llegaban a las líneas enemigas encontraban las alambradas casi intactas, a pesar de los días de cañoneo.

ción más vulnerable al fuego de ametralladora.

Así, la escena estaba preparada para el peor desastre en la historia del ejército británico. Pero Haig todavía sentía confianza; tanta confianza, en efecto, que su entusiasmo deslumbraba incluso a aquellos de sus jefes subordinados que se manifestaron críticos con la empresa.

La única oportunidad de éxito aliado estaba en la velocidad del avance; es decir, que los soldados alcanzaran la línea de defensa alemana antes que los que hubieran podido sobrevivir al cañoneo hubieran tenido tiempo de salir de sus refugios y hacerse con el mando de sus propios cañones. Haig había ordenado que la artillería no sólo bombardeara las trincheras de la primera línea del frente enemigo, sino también hacia retaguardia, para impedir que pudieran acercarse los refuerzos alemanes. Además, se había desplegado caballería británica y francesa, justo detrás de la línea aliada, con el objeto de que explotara rápidamente cualquier punto en que se consiguiera la penetración. Pero para los infantes británi-

SOMME/2



El primer día de la batalla del Somme, el 1 de julio de 1916, amaneció hermoso y soleado: una mañana de verano perfecta. Pero, a las 07.30, la hora cero, el aire estaba lleno de humo y polvo del cañoneo intenso de las trincheras alemanas. Y en La Boiselle, en el centro de una línea de 34 km, donde 12 batallones de la 34ª División estaban preparados para el ataque, acababan de estallar dos minas potentes, creando más confusión.

Los alemanes, en la cadena que dominaba Albert (2), habían construido un sistema de trincheras complejo, refugios profundos y muros tendidos entre los pueblos en ruinas, muy fortificados, de Ovillers y La Boisselle. Las trincheras británicas estaban a 20 m por debajo de las posiciones alemanas y la tierra de nadie —herbosa y llena de flores— tenía un ancho de unos 750 m al norte de La Boiselle hasta 450 m cerca de Sausage Redubt.

posiciones alemanas
posiciones británicas
cráteres de minas



Esos batallones, no obstante, consiguieron superar las trincheras de Schwaben Höhe y algunos hombres avanzaron por el lado oeste de Sausage Valley. Destacamentos con granadas trataron de hacer correrías contra La Boiselle, pero una vez más los alemanes los enfilaron con fuego de ametralladoras ocultas entre las ruinas del pueblo, rechazándolos con graves pérdidas.

Los hombres de la 101ª Brigada, en trincheras cercanas a la línea del frente, rodearon Sausage Redoubt e hicieron bastantes progresos hacia la estribación de Fricourt.

En las trincheras al pie de la estribación de La Boiselle, en Glory Hole (6), una zona cubierta de cráteres, había una compañía de zapadores del 18ª de fusileros de Northumberland. A cosa de 1,5 km atrás, a ambos lados de la carretera de Albert a Bapaume (5) había dos elevaciones leves, llamadas colinas Tara y Usna (3, 4) por los soldados británicos.

Desde esas posiciones, justo después de la hora cero, se levantaron casi como un solo hombre cuatro batallones de los Fusileros de Northumberland y avanzaron en columnas a paso pausado a través de la tierra de nadie. No había dónde cubrirse y, bajo el fuego graneado de las ametralladoras del 110º Regimiento de Reserva alemán, que disparaban desde lo alto, pronto se encontraron con problemas.

Al caer los hombres en cabeza, los que venían detrás los alcanzaban y empezaron a formarse grupos, blanco fácil para los ametralladores alemanes que habían salido ilesos de sus refugios profundos en cuanto se interrumpió, a las 07.43, el fuego de barrera. Al cabo de 10 minutos, la izquierda británica había sufrido un 80% de bajas.

A la derecha, los batallones 26º, 24º y 27º trataban de pasar al sur de La Boiselle, pero el 26º fue segado tan pronto dejó la colina Tara. La explosión anterior de una mina que contenía 27.215 kg de amonal, cerca del reducto de Schwaben Höhe (7), dejó un cráter (1) de unos 80 m de diámetro y 21 m de profundidad. A pesar de eso, los alemanes establecieron enseguida una férrea defensa contra los batallones 24º y 27º.

La 34ª División perdió más de la mitad de su fuerza total el 1 de julio. Al final del día, sólo se había ocupado una pequeña parte del La Boiselle, pero el 3 de julio, tras luchas tenaces y sangrientas, tanto Fricourt como La Boiselle habían sido rodeadas y conquistadas.

cos, sobrecargados y al ataque pendiente arriba, la rapidez era lo único de lo que serían incapaces.

El IV Ejército británico atacó con 13 divisiones al norte del Somme, sobre un frente de unos 24 km; cinco divisiones del VI Ejército francés atacaron por ambas orillas, pero principalmente al sur del río. Porque la oposición alemana era leve en ese sector y porque los alemanes creían que, después de la sangría de Verdún, serían incapaces de un ataque masivo, los franceses hicieron algunos avances. No fueron suficientes, sin embargo, para penetrar y luego volver sobre las líneas alemanas. A los ingleses no les fue tan bien.

Haig había esperado penetrar las líneas alemanas, el primer día, frente a Albert, desde Serre en el norte hasta Maricourt en el sur. En la segunda fase, los británicos planeaban tomar las tierras altas entre Bapaume y Ginchy, mientras los franceses tomaban las de la región alrededor y al norte de Rancourt.

Entonces los británicos habían de girar a la izquierda hacia Arras y, junto con un ataque de apoyo al suroeste de la población, enfrentar el flanco alemán y aumentar la penetración. Una vez conseguido todo eso, había que hacer un avance general en dirección a Cambrai. Como observó más tarde Liddel Hart: «¡Qué contraste entre intención y consecución!»

Hay una hilera de colinas, al norte de Péronne, interrumpida sólo por el valle del Andre. Las defensas alemanas estaban situadas en profundidad a todo lo largo de la cadena, lo que les daba una visión ininterrumpida de los movimientos británicos. Además, el cañoneo aliado, durante el bombardeo, en lugar de concentrarse se había extendido a lo largo de todo el frente; en consecuencia, el fuego era demasiado poco denso para conseguir el nivel de destrucción pretendido.

El primer día de la ofensiva comenzó con una cínica belleza veraniega en un escenario que pronto lo sería de horror inenarrable. Rawlinson quería atacar al alba o incluso antes; los franceses insistieron en esperar la luz del día para poder calibrar el efecto de su fuego de artillería durante toda la noche. Los británicos se sometieron.

A las 07.30, la artillería aliada que había hecho fuego de máxima intensidad durante los 65 minutos anteriores, cesó de disparar. Británicos y franceses treparon fuera de sus trincheras a lo largo de toda la línea y avanzaron en oleadas sucesivas. Las consecuencias eran inevitables, inmediatas y aniquiladoras.

Los alemanes que no habían quedado fuera de combate por el bombardeo de una semana de duración, tuvieron tiempo de llegar a sus cañones y vertieron una interminable enfilada de plomo contra los entusiastas soldados británicos, condenados por la estrategia de sus mandos. Blancos de primera en la

La guerra de trincheras

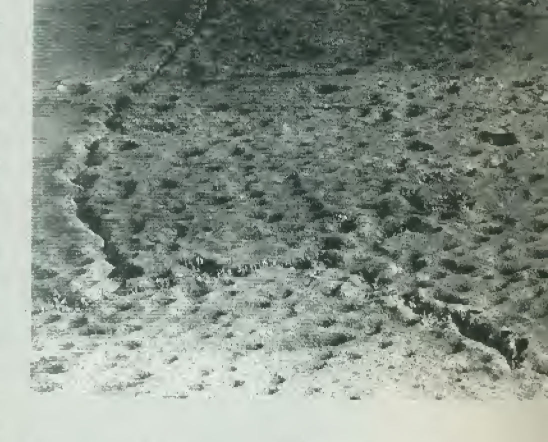
Aunque se habían construido trincheras a escala reducida en la guerra Ruso-japonesa de 1904-1905, se convirtieron en un factor significativo en la Primera Guerra Mundial. Para fines de 1914, el conflicto se había convertido en un asedio y tanto los soldados alemanes como los aliados cavaron trincheras para protegerse del fuego de arma corta y de ametralladora enemigo.

Al principio, las trincheras eran meras líneas cavadas hasta la altura media de un hombre, sin apenas intento alguno de consolidarlas, de manera que una simple lluvia podía derribar sus paredes. La tierra excavada se usaba para hacer un parapeto delante de la trinchera y una protección detrás; el frente se protegía además con alambradas de espino de diversa profundidad y complejidad.

A medida que pasaba el tiempo y se afianzaba el estancamiento, las trincheras se construyeron con mayor solidez, con sacos areneros, costados de madera —a veces de hormigón— y enrejados de madera. Las trincheras y refugios aliados, sin embargo, nunca tuvieron el mismo aire de permanencia que mostraban muchas alemanas, con camas de cobre, alfombras y otras comodidades.

El menor movimiento por encima del nivel de la trinchera atraía fuego de fusil. Al principio los alemanes fueron más eficaces en eso que los Aliados, pues dejaban a sus francotiradores durante largo tiempo en el mismo sector, de manera que conocían el sistema de trincheras del enemigo, mientras que los Aliados movían a sus tiradores con las unidades a que pertenecían.

Las principales entre las otras armas eran las granadas y los morteros de trinchera, que disparaban diversos tipos de granadas, entre ellas de metralla, incendiarias y de gas. El gas era una de las armas más temidas, pues cegaba a los hombres y a menudo destruía su salud para el resto de su vida. Los soldados de las trincheras también estaban sometidos a barreras de artillería.



La vida podía ser dura incluso en tiempos de poca actividad. El rancho era monótono, los sanitarios rudimentarios y el agua y barro permanentes provocaban muchas enfermedades físicas. Entre las más comunes estaban el pie de trinchera, la boca de trinchera, que causaba una ulceración grave, y la fiebre de trinchera. Esta era transmitida por pulgas de las ratas que se multiplicaban en las trincheras.

Los ejércitos enemigos se enfrentaron en esas condiciones primitivas durante casi cuatro años, tiempo en el que la línea no se movió más de 15 km en un sentido u otro.

Trincheras en zigzag, *arriba,* permitían que un impacto directo no sembrase metralla en toda su longitud y, en caso de ataque, cada sección estaba cubierta por otra.

Este cadáver de un oficial alemán fuera de su refugio, *abajo,* puede haber sido colocado con fines propagandísticos, pues los alemanes siempre enterraban a los oficiales.





Esas trincheras tubulares
—¿Voy bien para el cuartel general?
—Sí, con transbordo en Oxford Circus.

Los dibujos de Bruce Bairnsfather, *arriba,* reflejan el humor ácido del soldado común entre las miserias de la guerra de trincheras.

Hombres del 1º Batallón de Fusileros de Lancashire, *izquierda,* en una trinchera de comunicaciones cerca de Beaumont-Hamel. Calan las bayonetas antes de pasar a la línea del frente y «saltar por encima» del repecho el 1 de julio.

Covachas escarbadas en el lado de una trinchera ofrecen cierta protección a los hombres del Border Regiment, *abajo izquierda,* que descansan cerca del bosque de Thiepval.

Este refugio australiano congestionado está a 4,5 m bajo el suelo. Pilares pesados de madera sostienen un techo de vigas de acero, que permitían que el refugio soportara el cañoneo pesado.







«Cada paso de mi plan se ha dado con la ayuda divina»

El general sir Douglas Haig (1861-1928) tomó el mando de la Fuerza Expedicionaria Británica como sucesor de sir John French el 10 de diciembre de 1915. Su nombramiento no fue recibido con entusiasmo universal pues, mientras se respetaba su tenacidad y su planteamiento metódico, era lento y carecía de cualquier chispazo de brillantez técnica.

Haig había estado destinado en Sudán, en 1898, y participó en la batalla de Omdurman, donde sirvió en la caballería egipcia. Durante la guerra de los Boers actuó como jefe de Estado Mayor de French. A su rápido ascenso no fue ajena, ciertamente, su amistad con el rey Eduardo VII.

Callado, carente de humor y reservado, Haig también era astuto y ambicioso y tenía una autoestima ilimitada. Puede que su mayor defecto fuera su eterno optimismo, a menudo infundado, que parecía surgir de su creencia de haber sido elegido por Dios para «hacer mucho bien y beneficio» a su país. Es probable que fuera esa incapacidad de reconocer la derrota lo que llevó a sus ataques continuos en el Somme y al largo baño de sangre de Passendaele. Haig fue creado mariscal el 1 de enero de 1917.

La polémica rodeó todo su tiempo como comandante en jefe de la BEF. Pero, en su favor, hay que decir que Haig apoyó firmemente el nombramiento de Foch como generalísimo aliado, en 1918, y planteó las últimas acciones británicas de la guerra con resolución y a conciencia.

El arma más devastadora de la guerra

Todos los ejércitos combatientes iniciaron la guerra con ametralladoras. Al principio sólo había dos por batallón, pero a medida que se descubrió su capacidad en la defensa y el ataque, se equiparon más y más y pronto algunas unidades estaban armadas sólo con estas armas automáticas de fuego rápido.

Había dos tipos básicos de ametralladora. Una era un cañón refrigerado con agua montado en un trípode alimentado con una cinta de 250 cartuchos, ejemplos de las cuales eran la Vickers británica y las Maxim alemanas y rusas. La otra era un arma refrigerada por aire, representada por la Hotchkiss francesa y la Lewis estadounidense. Estas tenían ambas cargadores, el del Hotchkiss con 30 cartuchos, el de la Lewis con 47. La mayoría de las ametralladoras tenían una velocidad de fuego cíclica de unas 500-600 rpm, que necesitaba gran número de portadores de munición.

Las armas montadas sobre trípode eran pesadas; de hecho, la Schwarzlose austríaca tenía, además del cañón y del trípode, una tercera carga, un escudo metálico. La Schwarzlose también se podía disparar desde un monópode, convirtiéndola en una ametralladora ligera. Los rusos arrastraban sus ametralladoras sobre carritos con ruedas. Las primeras Maxim alemanas tenían sus propios armones, mientras los británicos las desmontaban en dos cargas —cañón y trípode— llevados en mula o por los propios hombres.



Soldados británicos con cascos antigás, *izquierda*, equipan una ametralladora Vickers cerca de Orvillers.



El fuego mortal de la Maxim alemana *derecha*, causó el 90% de las bajas el 1 de julio en el Somme.

clara luz de una mañana estival, cayeron a millares. Muchos ni siquiera lograron traspasar sus propios alambres de espino. Una sola ametralladora, dos a lo sumo, podía abatir a todo un batallón mientras los hombres avanzaban, según órdenes de Rawlinson, a unos pausados 100 m por minuto.

El suelo quedó pronto cubierto de muertos y moribundos británicos; a las 08.30, una hora después del inicio del ataque, las pérdidas, según estimación conservadora, eran del orden de 30.000. Rawlinson siguió lanzando tropas y, al mediodía, unos 100.000 hombres habían sido tragados por la carnicería.

El ataque francés inesperado, por la derecha, avanzaba bien. También lo hacía así el ala derecha británica, donde dos divisiones del 13º Cuerpo conquistaron Montauban y Mametz, aislando Fricourt, que los alemanes, sin embargo, conservaron hasta el día siguiente.

El culto a Hindenburg

Uno de los fenómenos más interesantes de la guerra fue el crecimiento del culto a Hindenburg. Surgió después de la victoria de Tannenberg como intento deliberado del Alto Estado Mayor alemán para desviar la atención del fracaso del plan Schlieffen en el Oeste y de asociarse al éxito de Hindenburg. Éste, que había participado en las campañas victoriosas de la guerra Franco-prusiana de 1870-1871, se convirtió entonces en una figura paternal: el viejo general que una vez más había rechazado a los invasores de la Patria.

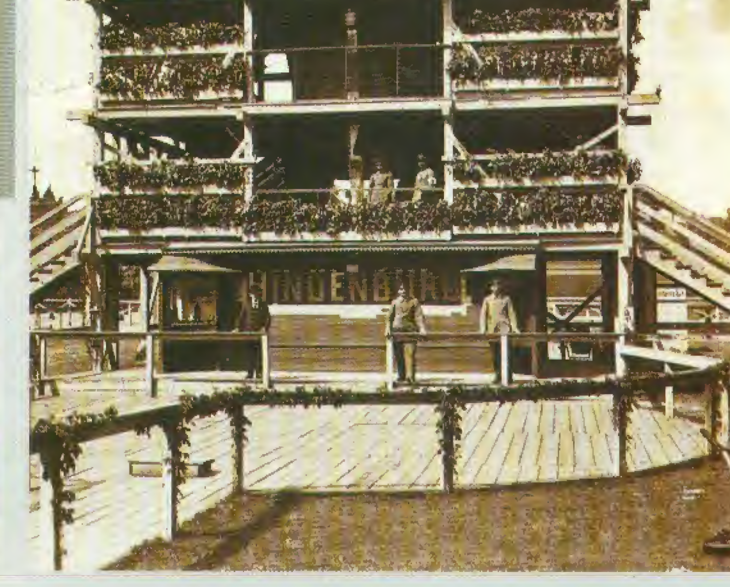
Significativamente, Hindenburg, y no el káiser, pasó a ser el centro de la voluntad de resistencia alemana. A medida que avanzaba la guerra y la población civil se desilusionaba, tanto más importante se hacia fomentar la creencia en su invencibilidad y su imagen fue usada ampliamente en la propaganda.

Fue de lo más estrafalario la creación de grandes estatuas de madera en las que la gente clavaba clavos, para convertir a Hindenburg en un «Hombre de Hierro», y pagaba por ese privilegio a favor de los fondos de guerra. La práctica tenía su origen en la importancia simbólica del hierro en la cultura alemana. Bismarck, el creador de la Alemania unificada, a fines del s. XIX, era conocido como el Canciller de Hierro, y el honor más frecuente en Alemania al valor era la Cruz de Hierro.

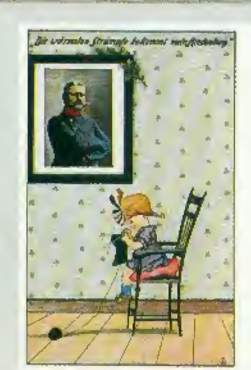


La postal del Hombre de Hierro de Berlín, *abajo,* se vendía a 15 peniques como ayuda para los familiares de los caídos.

Los dibujantes británicos, sin embargo, ridiculizaban, *izquierda,* el culto como un exceso teutónico.









En la tarjeta de propaganda, *arriba,* Hindenburg, apoyado por Conrad, da jaque mate al gran duque Nicolás, Cadorna, French y Joffre. Pero la idolatría también cobró un tinte sentimental, como muestran las tarjetas, *derecha,* de una niña que lo adora.

En el norte, por el contrario, todos los informes eran de fracaso. Los intentos repetidos de capturar La Boiselle y Ovillers fueron repelidos, mientras más al norte, las tres divisiones del 10º Cuerpo destinadas a tomar la región bien fortificada alrededor de Thiepval fueron rechazadas con graves pérdidas. Desde el extremo del flanco norte británico llegaban los mismo informes desagradables. El ataque contra Beaumont-Hamel resultó abortado y también falló tremendamente un golpe lanzado por el III Ejército contra Gommecourt.

Al caer la noche del primer día de la batalla, unos 60.000 soldados británicos, casi la mitad de la fuerza de ataque inicial, habían caído o sido hechos prisioneros. Los servicios médicos, que no esperaban pérdidas tan graves, eran incapaces de atender a todos los heridos y no había suficientes trenes ambulancia para llevar a los miles de heridos graves a los hospitales de retaguardia.

Ese día habían ganado incuestionablemente los alemanes, porque seis de sus divisiones habían resistido el ataque heroico, condenado, de 18 divisiones aliadas y sólo habían cedido muy poco terreno. Aquí podía verse la gran lección de la Primera Guerra Mundial: la ametralladora hacía que un ataque directo fuera demasiado costoso para considerarlo siquiera.

Pero Haig no había escarmentado, más bien se mantenía muy optimista. Es curioso, por ello, que no explotara de inmediato las ganancias conseguidas por la derecha. Decidió hacerlo unos días después, pero se encontró entonces con la fuerte oposición de Joffre y Foch, que quería que penetrara primero por el centro entre Pozières y Thiepval. Haig rechazó sabiamente hacerlo antes de estar completamente preparado.

La batalla continuó, pero durante un tiempo con menos dureza que el terrible primer día. El 20 de julio, sin embargo, 17 divisiones británicas y francesas lanzaron una nueva ofensiva a gran escala sobre la línea Pozières-Foucaucourt. Se obtuvieron unos pocos cientos de metros, pero a un enorme coste en vidas.

Winston Churchill escribiría: «El conflicto descendió de nuevo a los combates locales, pero sangrientos, de dos o tres divisiones renovadas repetidamente tan pronto se consumían y consumidas tan pronto se renovaban. A fines de julio se había hecho un avance de unas dos millas y media sobre un frente que en esta profundidad no excedía de dos millas». Mientras tanto, ambos bandos aportaban cada vez más piezas de artillería y grandes cantidades de granadas para alimentarlas: se repetía el esquema de Verdún.

La lucha se hacía más igualada, porque el barro sangriento y revuelto afectaba a ambos bandos; y ambos estaban faltos de alimento y municiones, puesto que sus líneas de aprovisionamiento habían sido ampliamente destruidos por el fuego de artillería enemigo. Los cráteres convertían el paisaje en una desolación lunar con cadáveres en descomposición

El primer ejército de leva británico

La conscripción, la leva forzosa de civiles en las fuerzas armadas, era la forma de reclutamiento estándar en la mayoría de países europeos. Gran Bretaña, sin embargo, fiaba su defensa a su supremacía naval y, en 1914, su ejército se componía totalmente de voluntarios en las fuerzas regulares y territoriales. Esta fuerza profesional, pequeña pero experimentada, la BEF, quedó destruida en gran medida, sin embargo, durante los cuatro primeros meses de la guerra.

Si Gran Bretaña todavía había de tener un papel significativo en las operaciones militares en Europa, necesitaba levas masivas. El «Nuevo Ejército» comprendía sólo voluntarios, que afluían a millares a las oficinas de reclutamiento. A fines de 1915, el ejército británico en Francia, reforzado de ese modo, había alcanzado las 38 divisiones, pues más de 3 millones de hombres se habían presentado para servir en el «ejército de Kitchener».

Aún así, no era suficiente, junto con las fuerzas francesas, para contener el ejército alemán, de millones de conscriptos. El primer plan británico para la conscripción abarcaba el alistamiento limitado de hombres solteros; aquellos en tareas esenciales en la industria o el campo eran dados de baja. Eso no bastaba, pero había cambiado el ánimo nacional. No había derecho, creía la mayoría de la gente, a que, ahora que la guerra era tan costosa en vidas y probablemente larga, se devolviera al frente a hombres de mediana edad y heridos, mientras hombres jóvenes y saludables permanecían, seguros, en sus casas.

Como consecuencia, el 6 de enero de 1916 se presentó al Parlamento británico una Ley de conscripción, aprobada rápidamente con amplia mayoría por ambas cámaras. En mayo se extendió la conscripción a los hombres casados. Así, por primera vez en la historia, Gran Bretaña dispuso de un gran ejército en Europa, en oposición a las expediciones limitadas anteriores, apoyadas por su armada.

El nuevo ejército hubo de sostener el frente del Oeste después de la desmoralización de los franceses a causa de la fracasada ofensiva del general Nivelle, del 16 de abril al 21 de mayo de 1917, y lo hizo con tal éxito que permitió la victoria de los aliados en 1918.

Los objetores de conciencia fueron dedicados a otras tareas, especialmente en el campo. Algunos, como los cuáqueros, se ofrecían voluntarios para tareas peligrosas como camilleros. Pero la categoría todavía cargaba con un estigma y hasta los que habían obtenido legítimamente su baja a menudo llevaban un brazalete oficial *abajo derecha,* para demostrarlo.





El holocausto del bosque de Delville

El bosque de Delville, situado en una cresta de tierras altas, era esencial para la ofensiva del Somme, puesto que su conquista permitiría a los británicos penetrar la segunda línea de defensas alemanas. Pero primero era necesario tomar el pueblo de Longeval: las dos posiciones se consideraban un solo objetivo, puesto que no se podía mantener la una sin la otra.

Los Highlanders sufrieron pérdidas tan graves en el asalto del pueblo que el ataque al bosque de Delville fue asignado a la Brigada de Infantería sudafricana, a la que previamente sólo se le habían encargado operaciones de limpieza. Atacaron a las 05.00 del 15 de julio, avanzando lentamente a través del espeso sotobosque de 67 ha. Pero al mediodía habían ocupado la mayor parte de él y empezaron a atrincherarse.

Cayeron bajo fuego de fusilería y ametralladoras, fuertes contraataques y un bombardeo de tres horas con granadas y gases lacrimógenos, que también afectaban a sus fusiles y ametralladoras. El 16 y 17 de julio, lo sudafricanos retomaron la ofensiva y lucharon por tomar el ángulo noroeste del bosque; ambos ataques fracasaron por falta de apoyo artillero.

La noche del 17 y hasta entrado el día siguiente, los alemanes organizaron un bombardeo masivo; se dice que las granadas caían a un ritmo de 400 por minuto. Entonces, a las 03.00 del 19 de julio, atacaron nueve batallones de choque alemanes. Fueron repelidos por los sudafricanos, que, al quedarse sin municiones, atacaron a la bayoneta calada. El menguante grupo de hombres aguantó hasta que fue revelado el 20 de julio.



El bosque de Delville en septiembre de 1916, con un tren de munición que va al frente, está devastado tras la batalla de seis días en julio. De los 121 oficiales y 3.032 soldados sudafricanos que se abrieron camino por el bosque sólo sobrevivieron 29 oficiales y 751 hombres.

Los pueblos de Ovillers y La Boisselle formaban parte de la línea del frente alemán, muy fortificado. Estaban en estribaciones elevadas que dominaban las líneas británicas, permitiendo que cualquier ataque a lo largo de la vieja vía romana de Albert a Baupaume quedara sometido a fuego enfilado.

Entre Ovillers y La Boisselle había un valle poco profundo llamado «Mash Valley» (valle del puré) por los soldados británicos; al sur de La Boiselle había otro, conocido inevitablemente como «Sausage Valley» (valle de la salchicha). Justo debajo de La Boiselle, las trincheras alemanas y británicas estaban, a veces, a menos de 50 m una de otra. El área, muy combatida y cubierta de cráteres, llegó a ser conocida en el habla «Tommy» como «The Glory Hole» (El agujero de la gloria).

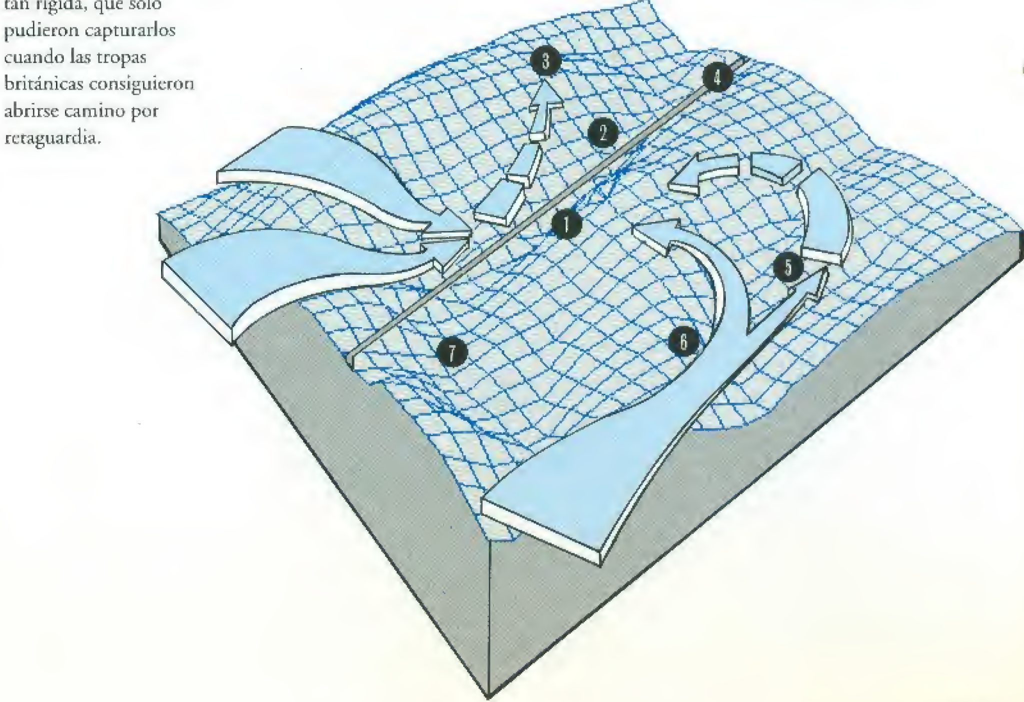
Los británicos necesitaban tomar ambos pueblos. Ovillers fue atacado por primera vez el 1 de julio por la 8ª División, pero para ello los hombres tenían que avanzar Mash Valley arriba, que no ofrecía protección. Aquí, los soldados británicos fueron segados a cientos por el fuego de ametralladora. Un batallón sufrió un 90% de bajas, otros apenas menos.

La Boisselle fue atacado por la 34ª División. Sólo una pequeña parte del pueblo fue conquistado el primer día, pero las pérdidas de la división fueron las más graves, de un 80%, la mayoría de las cuales se produjeron en los primeros 15 minutos.

Todos los ataques sucesivos, especialmente el 3 de julio, fracasaron. Ambos pueblos estaban fuertemente defendidos y la resistencia alemana era tan rígida, que sólo pudieron capturarlos cuando las tropas británicas consiguieron abrirse camino por retaguardia.

Todo La Boisselle estaba en manos británicas el día 6; Ovillers no cayó hasta el 16 de julio.

1 La Boisselle
2 Mash Valley
3 El ataque que tomó Ovillers el 16 de julio
4 Carretera Albert-Bapaume
5 Ataque posterior contra La Boisselle, 6 de julio
6 Sausage Valley
7 The Glory Hole



y armas abandonadas, mezclados y repartidos por el suelo.

La batalla, nunca dormida, volvió a entrar en erupción a gran escala el 25 de septiembre y una vez más el 13 de noviembre, cuando se lanzó un ataque masivo británico a lo largo del Ancre y de Beaumont-Hamel. Pero antes de eso, el alto mando británico había tomado una decisión de la máxima ineptitud.

En septiembre, Haig estaba desesperado por conseguir una ruptura decisiva. Las bajas aumentaban por minutos; en el Reino Unido, cada vez más hogares recibían el breve y triste telegrama que empezaba: «Es mi doloroso deber informarle...» Hasta entonces, los informes confiados de los jefes superiores habían creado la idea de pérdidas leves, pero de muchos prisioneros tomados. Ahora surgía la verdad; los británicos, aunque empujaban con tenacidad y coraje, sufrían un desastre de proporciones dantescas, con cientos de miles de hombres que perecían por una pequeñísima ganancia territorial y ninguna estratégica.



Un tanque Mark I equipado con 2 cañones de 6 libras, en avance para atacar Thiepval. Esos tanques solían ir acompañados de un tanque ametrallador para dar fuego de cobertura. Las ruedas de atrás servían como aletas de dirección.

Ese mes, Haig decidió jugar su baza triunfal: un nuevo invento británico, el «tanque». Se trataba de un arma potencialmente decisiva, y unos 50 de ellos se habían transportado a Francia en el mayor secreto. Haig, antes escéptico, buscaba su despliegue inmediato en el Somme.

El 15 de septiembre entraron en acción los primeros tanques en el frente del IV Ejército, entre Combles y Martinpuich. Debido a averías mecánicas, no todos los tanques llegaron al campo de batalla y de los que lo hicieron sólo 31 cruzaron las líneas alemanas. Nueve quedaron destruidos, cinco acabaron patas arriba, como cucarachas, inmovilizados en cráteres de artillería, y sólo nueve pudieron operar plenamente con la infantería.

Su presencia en el campo de batalla fue, no obstante, dramática. La infantería británica avanzaba con relativa seguridad bajo su protección; los soldados alemanes fueron hechos prisioneros a cientos, mientras otros huían asombrados y aterrorizados. Pero la ganancia apenas equilibró la pérdida que supuso reve-

LOS COMANDANTES

BELOW



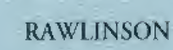
El general Fritz von Below (1853-1918), (sin relación con el general Otto von Below), entró en el ejército alemán en 1873 como teniente de la Guardia. Ascendido a general en 1912, mandó el VIII Ejército durante la primera parte de la guerra, cuando fue en gran medida responsable de la victoria de Lyck en las primeras campañas de Prusia Oriental. En 1917 fue trasladado al frente del Oeste y durante el año siguiente mandó el VII Ejército en la tercera batalla del Aisne (mayo-junio). Fue sustituido después de fracasar en su ataque contra Reims el 18 de junio.

SIXT VON ARMIN



El general Friedrich Sixt von Armin (1841-1919) sirvió durante la guerra Franco-prusiana hasta ser herido de gravedad en Metz. En 1915, Armin participó en la invasión alemana de Bélgica y recibió la capitulación de Bruselas el 20 de agosto.

Mandó el VII Ejército contra los británicos en Ypres y, de nuevo, en el Somme en 1916. Hizo una tenaz resistencia en Passendaele en 1917 y se destacó en las batallas del Lys (1918). En marzo de 1919 fue asesinado en su castillo de Asch por una multitud furiosa por su tratamiento de algunos campesinos transgresores.



RAWLINSON



El general sir Henry Rawlinson (1864-1925) sirvió en muchas campañas coloniales, entre ellas la de Birmania (1886-1887), la de Sudán (1898) y en la guerra de los Bóers. Estaba al mando del IV Ejército británico durante los fuertes combates en el Somme, en 1916, y en 1917 se convirtió en miembro del Consejo Supremo de Guerra. Más tarde Rawlinson volvió a tener un mando en campaña y, con Haig, se le acreditan los planes para la ruptura británica entre Cambrai y St Quentin, en agosto de 1918. Desde 1920 comandó las fuerzas británicas en la India.

lar a los alemanes esa arma nueva y prometedora.

Así siguió arrastrándose la ofensiva del Somme, y con la llegada de las lluvias de invierno, a mediados de noviembre, cuando los hombres, agotados, hambrientos, ya no podían arrastrarse por el barro, cada vez más profundamente se agotó en desilusión y desesperación. Para entonces, la BEF estaba a ambos lados de la cadena ocupada anteriormente por los alemanes. Para conseguir eso, británicos y franceses habían perdido del orden de 600.000 hombres, y los alemanes más de 440.000. En opinión de su alto mando, «El Somme fue la tumba sangrienta del ejército alemán». La decisión en el frente del Oeste estaba tan lejos como nunca.

La muerte del idealismo

«El idealismo —escribió el historiador A.J.P. Taylor— pereció en el Somme.» Antes de esa campaña sanguinaria, en la que los británicos perdieron unos 450.000 hombres para conseguir un avance de no más de 8 km, los voluntarios habían afluido a cientos de miles a las oficinas de reclutamiento. Ahora, los hombres de las trincheras habían perdido la fe en sus superiores; muchos incluso perdieron la fe en la causa por la que luchaban y todos sólo conservaban una lealtad inalterable: a sus camaradas.

Antes de la campaña del Somme, el espíritu de los jóvenes patriotas británicos quedaba ejemplarizado en la poesía de Rupert Brooke: una creencia en la justicia de su causa y en su esperanza de un mundo mejor. Después de ella, el espíritu nacional fue captado por poetas tan desilusionados como Siegfried Sassoon, Isaac Rosenberg y Wilfred Owen.

Los soldados comunes, que se habían alistado con igual fervor, se consolaban con un humor sencillo pero punzante, tipificado en el dibujo de Bruce Brainsfather que muestra al «Old Bill», veterano de guerra, refugiándose en un cráter y diciéndole a un joven recluta: «Bien, si conoces otro agujero mejor, ve a él».

Aunque los hombres siguieron luchando tenazmente, una sensación de desesperación acogía a soldados y civiles en toda la Europa en guerra.



«Le bombardement, 1916», acuarela de André Ducuing

Manuscrito original de *Primavera*, de Isaac Rosenberg

La leyenda de las amapolas

Se dice que Gengis Khan, el caudillo mongol, trajo consigo la semilla de la amapola blanca durante su avance por Europa en el s XIII. La leyenda dice que las flores se volvieron rojas, con la forma de una cruz en el centro, cuando brotaron después de una batalla. Ciertamente, en el frente del Oeste, se descubrió que la amapola escarlata proliferaba en los campos de batalla devastados, especialmente en los del Somme. Por eso la amapola ha sido adoptada como flor del recuerdo, y por eso se lanza una lluvia de amapolas, en representación de los soldados británicos y de la Commonwealth que han muerto desde 1914 en las exequias anuales de conmemoración en Albert Hall, Londres.



Una batalla perdida por todos

Miles de jóvenes voluntarios que habían abandonado la seguridad civil para alistarse en el gran Nuevo Ejército de Kitchener, fueron segados en el Somme, y sus camaradas quedaron dominados por la desilusión. Parecía que la humanidad hubiera creado una carnicería monstruosa interminable.

Entre los alemanes ocurría los mismo. La historia oficial de la 27ª División alemana, que defendió Guillemont, registra: «En los combates del Somme de 1916 hubo un espíritu de heroísmo que no se encontró nunca más en la división... los hombres de 1918 no tenían el carácter, la dura amargura y el espíritu de sacrificio de sus predecesores.»

Las pérdidas alemanas en Verdún y en el Somme eran tan severas que impulsaron a reclutar a toda la población masculina entre los 17 y los 60 años para servir en las fuerzas armadas o para trabajos de guerra. Pero el combate había dejado los ejércitos francés y británico incluso más débiles. Además, como escribió Winston Churchill: «... los frentes de combate no se habían modificado apreciablemente... no se había ganado ninguna ventaja estratégica de ningún tipo.»

La batalla de Messines *Junio de 1917*

El optimismo desplazado de Nivelle

La situación militar a principios de 1917 era desfavorable a los Aliados. Es cierto que Alemania empezaba a sentir el desgaste de la guerra, especialmente después de sus graves pérdidas en el Somme y en Verdún, pero sus ejércitos estaban en suelo extranjero. Rumania y Serbia habían sido dominadas y las Potencias Centrales tenían de ese modo acceso directo a sus aliados Bulgaria y Turquía. Además, Rusia se encaminaba a la revolución y al colapso. A pesar de todo, a inicios del año los dirigentes aliados eran optimistas.

En Gran Bretaña, el alto coste de la batalla del Somme había llevado a la caída de Asquith, el 11 de diciembre de 1916, y su sustitución por David Lloyd George como primer ministro, en cuyo liderazgo confiaba mucho el pueblo británico.

El general Robert Nivelle, que había ocupado el lugar de Joffre como comandante en jefe francés a fines de 1916, era particularmente confiado, en gran medida como resultado de la creciente producción de munición de Gran Bretaña y por su mayor presencia militar en el frente del Oeste. A principios de 1917, el ejército británico contaba con 1.200.000 hombres, mientras que había unos 2.600.000 soldados franceses, incluidas las levas coloniales.

Así, junto con el pequeño pero voluntarioso ejército belga, los Aliados occidentales abarcaban unos 3.900.000 hombres, contra los cuales los alemanes sólo podían desplegar unos 2.500.000. No obstante, como habían demostrado los hechos, la superioridad numérica en el ataque no era necesariamente el dato decisivo ante la artillería moderna y las ametralladoras.

Sin embargo, Nivelle decidió atacar, seguro de poder conseguir una ruptura decisiva. Su plan preveía golpes de distracción al norte y al sur del Somme, a los que seguiría el ataque principal francés en la Champaña, entre Soissons y Reims.



Entre la artillería empleada en Flandes había cañones navales. Aquí se ve un cañón de 6" en acción nocturna; los hombres están de espaldas a la llamarada para no quedar cegados.

El plan del general Robert Nivelle provocó muy pronto fricciones entre él y el general sir Douglas Haig. Para que tuviera una oportunidad de éxito, había que retirar algunas tropas francesas del sur del Somme de modo que los hombres de Haig ocuparan sus lugares, interrumpiendo su largamente planeado ataque por Flandes. Además, aunque Haig obtuviera el refuerzo de ocho divisiones, estaba bajo el mando superior de Nivelle; las cosas no auguraban una armoniosa cooperación anglofrancesa.

No obstante, el plan ofensivo de Nivelle fue dejado de lado en cuanto el mariscal Paul von Hindenburg y el general Erich Ludendorff, ahora mando supremo de todos los ejércitos alemanes, resolvieron abstenerse de un ataque en el Oeste. Esperaban hacer previamente una valoración de las consecuencias de la guerra submarina irrestricta, iniciada el 1 de febrero de 1917 con la esperanza de someter a los británicos por hambre. Las principales áreas de actividad de los submarinos eran las aguas alrededor de las islas Británicas y gran parte del Mediterráneo.

Ludendorff, que contaba —acertadamente— con que los Aliados volvieran a atacar en la región del Somme, empezó a retirar sus fuerzas del saliente en la línea alemana, entre Arras y Reims por el este, hacia la línea Sigfrido, conocida por los Aliados como línea Hindenburg, fuertemente defendida. La retirada principal se había realizado el 16 de marzo; la región abandonada fue convertida previamente en tierra arrasada, cubierta de minas y trampas, con los suministros de agua envenenados.









La munición a menudo era llevada al frente a lomos de caballos o mulas. Cuando hacía calor, se les fijaba tiras de cuentas a las antojeras para protegerlos de los enjambres de moscas que había alrededor de las trincheras abandonadas.

En Messines, el avance británico fue tan rápido y las tropas alemanas quedaron tan sorprendidas por las explosiones de las minas, que abandonaron sus armas; se pueden ver las granadas de mano en primer término. Los neozelandeses cortaron los botones de los pantalones de sus prisioneros, de manera que tuvieran que sostenerlos con ambas manos, y los enviaron sin escolta a retaguardia.

Un general de los soldados

El general sir Herbert Plumer (1857-1932), más tarde mariscal, era la encarnación de las virtudes tradicionales del militar británico. Tenía 60 años cuando Messines, con un largo y variado servicio militar a sus espaldas, que incluía combates en Sudáfrica durante la guerra de los Bóers (1899-1902), cuando se distinguió en el auxilio de Mafeking. En 1915 sustituyó a sir Horace Smith-Dorrien como comandante del 2º Ejército y en la segunda batalla de Ypres mostró una gran decisión y frialdad.



Sin embargo, hizo su mejor trabajo durante los muchos meses de calma relativa que siguieron, pues él remodeló su desmoralizado mando y lo convirtió en una unidad de combate confiada y compacta. No había envidias bajo su mando; los subordinados podían contribuir a sus planes, pero cada decisión era, en último término, sólo suya.

Los preparativos de Plumer para la acción en Messines, «metódicos y pacientes —en palabras de John Buchan—, fueron realizados con un toque de genialidad». Se mejoraron carreteras y ferrocarriles; se hicieron frecuentes patrullas para confirmar la fuerza y las posiciones del enemigo; y los aviones no sólo vigilaban constantemente las líneas alemanas sino que evitaban que sus aviones pudieran despegar.

El cuidado que Plumer ponía en el bienestar de sus hombres queda ejemplificado en sus esfuerzos por proveer agua potable fresca durante los ataques, algo esencial en pleno verano. Se empleaban lagos y estanques, se esterilizó y almacenó en gabarras agua del Lys y se construyeron cisternas para recoger agua de lluvia. Cañerías, construidas a medida que los hombres avanzaban, llevaban el líquido al frente; a los 30 minutos de ocupar un objetivo, las tropas podían recibir agua fresca.

El pago por la dedicación de Plumer fue el respeto de todos y una acción de éxito total con un mínimo de pérdidas de vidas.

La situación había cambiado tremendamente, pero Nivelle seguía confiado en que podría quebrar las líneas alemanas con pocas pérdidas de vidas. No podía estar más equivocado, porque en el sector elegido para el ataque los alemanes tenían ahora 43 divisiones y los franceses sólo pocas más: un margen totalmente insuficiente para lanzar una ofensiva.

El 9 de abril, el III Ejército británico, al mando del teniente general sir Edmund Allenby, atacó en Arras, mientras más al norte se lanzó al asalto el Cuerpo Canadiense para tomar la sierra de Vimy. Las tempranas ganancias territoriales, sin embargo, no se pudieron explotar pues los alemanes endurecieron la resistencia. La ofensiva de Nivelle en la Champaña se inició el 19 de abril y tuvo el mismo destino que la mayoría de los ataques anteriores: unos 120.000 franceses cayeron ante las ametralladoras alemanas y, al terminar el día, sólo se había conseguido avanzar unos 600 m, en trágico contraste con los 10 km esperados por Nivelle.

Nivelle, rimbombante y vanaglorioso, había anunciado prácticamente al mundo sus grandiosas expectativas, con lo que su fracaso se volvía doblemente doloroso. Al mes siguiente —el 15 de mayo— fue sustituido en el mando por el general Henri Pétain, el héroe de Verdún; al mismo tiempo fue nombrado jefe del Alto Estado Mayor francés el general Ferdinand Foch. Pétain decidió mantenerse a la defensiva hasta que llegaran las tropas estadounidenses y hubiera tanques disponibles en gran cantidad.

Pero Haig, siempre optimista, que pretendía ganar la guerra con la BEF, tenía ahora la

Para junio de 1917, las tropas alemanas llevaban atrincheradas más de dos años a lo largo de toda la media luna de tierras altas, al sur de Ypres. Dominaban todas las posiciones británicas desde sus posiciones ventajosas en la sierra de Wytschaete-Messines, de manera que no había forma de que pudiera tener éxito un ataque frontal contra ellos.

Pero a las 03.10 del 7 de junio, vieron derrumbarse su tranquilidad por la explosión de 19 grandes minas y fueron sobrecogidos por un ataque relámpago —bien planificado, sobre un frente de 15 km—, por unos 80.000 hombres del II Ejército de sir Herbert Plumer.

El sector opuesto al pueblo clave de Messines estaba ocupado por la 3ª Brigada de Fusileros Neozelandeses y la 2ª Brigada Neozelandesa. Mientras todavía caían los cascotes lanzados al aire por el estallido de la mina en la granja Ontario, atravesaron la tierra de nadie y el lecho seco del Steenbeek.

Las líneas alemanas habían quedado destruidas en casi todas partes. Mientras los neozelandeses subían la pendiente entre el laberinto de metal, hormigón y cadáveres destrozados, los pocos hombres asombrados que todavía quedaban vivos no ofrecieron resistencia.

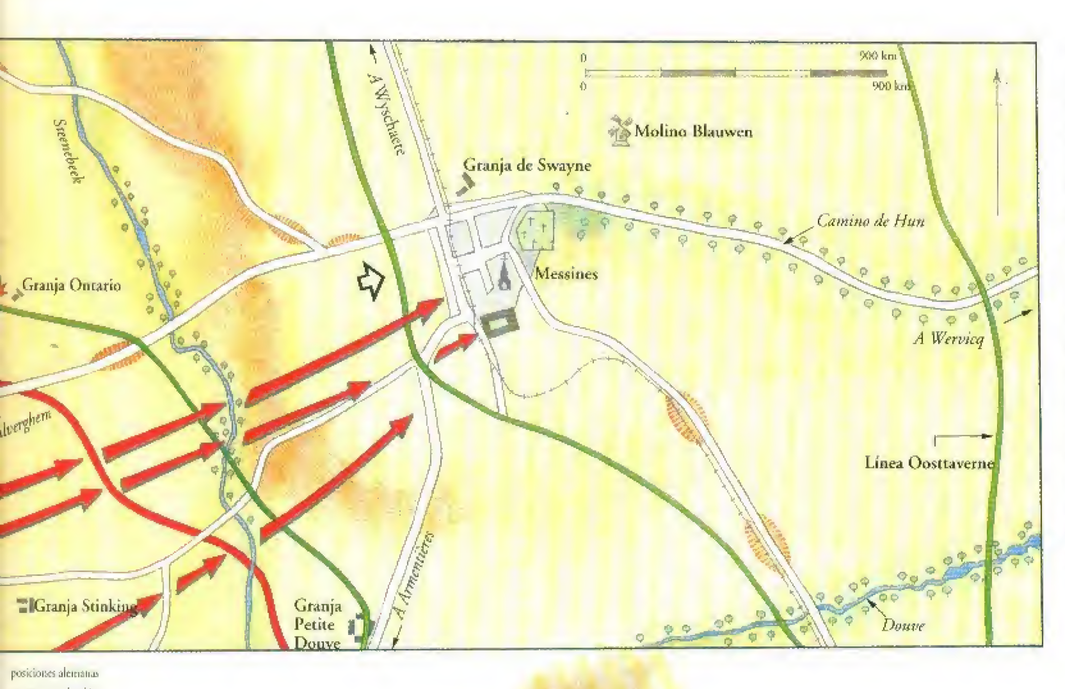
Sobre las 05.00 h los atacantes habían alcanzado el borde de la propia Messines.

Los alemanes habían convertido el pueblo devastado en una fortaleza, con un fuerte sistema de trincheras y densos nudos de alambradas (2). Los soldados alemanes del 18º Regimiento de Baviera —los ocupantes de Messines— disparaban desde puertas y ventanas y lanzaban granadas desde detrás de los muros.

Los sótanos habían sido convertidos en refugios y en el pueblo había cinco fortines de hormigón (3) y por lo menos diez ametralladoras (6), pero pronto fueron inutilizados.

El fuego de ametralladora desde la granja Swayne (1), al norte de Messines, quedó acallado cuando un tanque británico la destrozó.





posiciones alemanas
ataque neozelandés

Los neozelandeses se abrieron camino a través del pueblo, tomando la iglesia y el cuartel general alemán local en la Institution Royale (5), anteriormente un orfanato.

Mientras tanto, se habían establecido rápidamente puestos de primeros auxilios (7) para atender a los heridos y pronto empezaron a llegar cisternas de agua para que los combatientes no sufrieran sed. La cuidadosa preparación de Plumer no había obviado ningún detalle.

A las 07.30, Messines estaba en manos de los neozelandeses, que habían avanzado más allá del cementerio hacia Huns' Walk (4), la carretera que conducía a Wervicq y Blauwen Molen, y al mediodía habían alcanzado su objetivo principal, la línea de Oosttaverne.

oportunidad para su acariciada campaña en Flandes. No atendió los avisos repetidos de Pétain, Foch y muchos otros, en el sentido de que el plan entrañaba un gran peligro.

Sin embargo, un ataque exitoso hubiese aportado sin duda resultados positivos. Anularía las bases de submarinos alemanes en el oeste; devolvería a Bélgica su territorio ocupado, privando a Alemania de una baza importante para una futura conferencia de paz e interrumpiría las líneas de comunicación alemanas con el frente del Oeste, desde sus depósitos en la baja Renania.

Mientras Pétain luchaba por reanimar el ejército francés, muchas de cuyas unidades se habían amotinado después del fracaso de la mal preparada ofensiva de Nivelle, Haig trasladó el grueso de la BEF a Flandes para seguir su plan. Este incluía, primero, un ataque sobre la sierra de Messines, para reforzar el saliente justo al sur de Ypres, que incluía las poblaciones de Messines y Wytschaete.

El ataque principal, confiado al general sir Herbert Plumer, resultaría uno de los pocos planificados sin fisuras a lo largo de toda la guerra y alcanzó plenamente sus objetivos. Los preparativos habían comenzado casi un año antes, pero no estuvieron completamente listos hasta el invierno de 1916/17.

La sierra de Messines-Wytschaete, de unos 24 km de largo y un máximo de 75 m de altura, se extiende entre las poblaciones de Ypres y Armentières. Los alemanes la habían fortificado desde 1914, para dominar y bombardear posiciones británicas. El pueblo en ruinas de Messines, en la estribación sur de la sierra, dominaba el valle del Lys, mientras Wytschaete dominaba la propia Ypres.

Los alemanes eran plenamente conscientes de la importancia de estas elevaciones y habían desarrollado la posición al extremo con el empleo del trabajo de forzados y prisioneros. No sólo los dos pueblos —Messines y Wyts-



La vista a través del valle de Douve, *arriba*, muestra el cañoneo de Messines; la explosión lejana en la sierra señala el emplazamiento de la iglesia. Huns' Walk y el fortín alemán, *sobre estas líneas*, después de su conquista, ilustran la dureza del bombardeo.

Motín en el ejército francés

Con su ofensiva en ruinas, el general Nivelle fue relevado de su mando el 15 de mayo de 1917 y sustituido por el general Henri Pétain. El nuevo comandante en jefe se enfrentaba a una situación desastrosa: nada menos que un motín. Había causado cierto efecto la propaganda revolucionaria inspirada por los acontecimientos en Rusia, pero el motivo principal del amotinamiento residía en el disgusto de los soldados por la ineptitud de sus jefes, Nivelle en particular. Había otros agravios: era difícil conseguir permiso; sus mujeres en casa luchaban por mantener pequeños negocios y granjas, mientras miles de jóvenes y saludables obreros de las fábricas de munición estaban exentos del servicio militar.



Un amotinado francés a punto de ser ejecutado por el pelotón de fusilamiento. El edecán, a la derecha, ha leído la sentencia de muerte y el oficial al mando está a punto de bajar su bandera blanca. Sólo fueron ejecutados 23 amotinados, después de la desastrosa ofensiva de Nivelle, pero muchos otros fueron deportados a las colonias.

El primer estallido del motín fue el 3 de mayo y se extendió rápidamente hasta afectar a 16 cuerpos. Entre sus reivindicaciones, los hombres afirmaban que estaban dispuestos a defender las trincheras pero no a avanzar contra las ametralladoras alemanas, enfrentándose a una muerte segura.

Pétain recorrió todo el frente francés, arengando a los hombres desmoralizados y animándolos con su sólida resolución y su sentido de la disciplina. Restituyó la moral instituyendo turnos iguales y regulares de servicio en vanguardia y períodos de permiso para todas las unidades, así como mejorando los campamentos de descanso detrás del frente. A mediados de junio el peligro había pasado, pero Pétain todavía hubo de trabajar para que el ejército recuperara la salud.

chaete— estaban muy fortificados, sino también los bosques, granjas y caseríos de los alrededores. Un ataque británico contra la sierra de Messines se encontraría con una defensa resuelta y atrincherada. El general Von Laffert, comandante alemán del área, había ordenado que ambos pueblos habían de ser «defendidos hasta el extremo y hasta el último hombre, aunque el enemigo corte las conexiones por ambos lados e incluso si los amenaza por retaguardia».

La línea del frente alemán era una red de trincheras, refugios y fortines de hormigón. También había baterías de artillería y miles de metros de sistemas de defensas de alambradas interconectadas. Para superar y vencer barrera tan formidable, los británicos habrían de diseñar una táctica nueva. La hallaron en la detonación simultánea de 450.000 kg de explosivos en túneles cavados bajo el frente alemán.

Desde enero de 1917 se había empleado a ingenieros, silenciosos pero persistentes, en cavar túneles bajo la sierra. Los alemanes lo sabían, pero no la extensión de la maniobra, y ellos también cavaban túneles. Unas ocho semanas antes del asalto, el 7 de junio, se informó a Plumer de que los zapadores alemanes estaban a unos 45 cm de una mina británica bajo la cota 60, en el norte del sector, pero esta posición nunca fue detectada. En efecto, los alemanes sólo detonaron una de las minas británicas, antes de las explosiones masivas que anunciarían el ataque.

De las 21 minas restantes, 19 volaron fortificaciones alemanas, en un frente curvo de menos de 15 km extendido entre St Yves y monte Sorrel. La cuerda de ese arco era la llamada línea de Oosttaverne, de unos 4 km de longitud: el sistema de trincheras alemán elegido como objetivo final del ataque de Plumer. Durante una semana previa, esta región había sido el centro de bombardeo concentrado con el propósito de cortar las alambradas alemanas y demoler baterías y fortines de cañones.

Con el bombardeo concentrado se había eliminado el elemento sorpresa, pero en Messines eso no tenía importancia, porque la sorpresa se debía lograr con la detonación de las minas. Aunque avisados por el cañoneo, los alemanes no se habían retirado temporalmente de las alturas; así que los soldados fueron bombardeados en sus trincheras durante la mayor parte de una semana y no podían recibir comida ni alivio a causa del devastador fuego de artillería.

El plan británico dedicaba nueve divisiones de infantería al asalto, con tres más de reserva. En el sur, o flanco derecho, estaba el 2º Cuerpo Anzac del general Godley; en el centro, el 9º Cuerpo del general Hamilton-Gordon; mientras que en el norte, o flanco izquierdo, estaba el 10º Cuerpo del general Morland.

Minado de la sierra de Messines

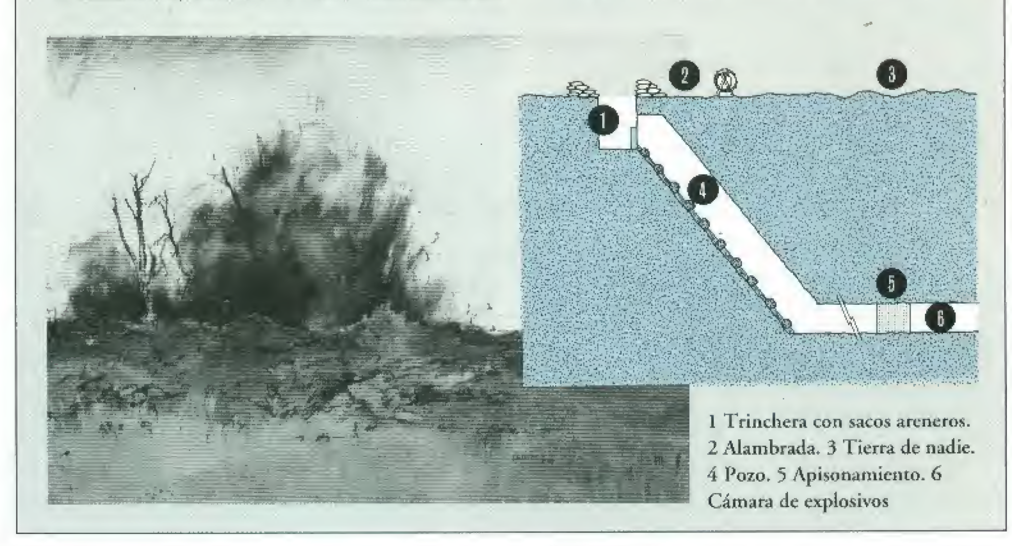
Se ampliaron operaciones limitadas británicas de minado en la sierra de Messines y se empezó a excavar galerías. En su momento alcanzaron tal profundidad que se situaron minas hasta a 50 m por detrás de la primera línea alemana; la más larga, en Kruisstraat, tenía una longitud de 658 m.

Era de importancia fundamental la formación del suelo de la sierra. Por debajo de las capas superiores de arena había una capa potente de arcilla azul, en la que se cavaban los túneles. Había que tomar gran precaución en ocultar esta arcilla reveladora, pues su detección por los aviones habría revelado la localización y profundidad de las minas.

Hicieron la mayor parte del trabajo grupos de minadores, muchos de ellos, «coceadores de arcilla» sentados en el túnel, apoyados contra un respaldo de madera y con las piernas al frente, que cavaban con una azada. Aparte de la falta de oxígeno, había el peligro constante de derrumbamientos o de bombardeos alemanes o de que éstos encontraran un pozo sospechoso.

Pronto se fabricaron, sin embargo, instrumentos de escucha elaborados, como el geófono, y bombas silenciosas de aire y de agua, y se empleó amonal en lugar de la pólvora o del algodón pólvora, más volátiles. No obstante, hay que rendir tributo al ingenio y la perseverancia de los minadores, porque se detonaran con éxito 19 de las 21 minas colocadas.

«Estallido de una mina británica», de Adrian Hill



1 Trinchera con sacos areneros. 2 Alambrada. 3 Tierra de nadie. 4 Pozo. 5 Apisonamiento. 6 Cámara de explosivos



El pueblo en ruinas de Wytschaete, *izquierda,* capturado por las divisiones 16ª Irlandesa y 36ª del Ulster.

El bosque de Oosttaverne, cuyos restos pueden verse, *derecha,* con las trincheras que habían formado parte de la tercera línea de defensa alemana, tomada por los británicos el 11 de junio.

A primeras horas de la noche del 6 al 7 de junio hubo una fuerte tormenta de verano con rayos, truenos y lluvias fuertes; cuando cesó la tormenta, la sustituyó la tempestad incesante del estallido de granadas. Luego, exactamente a las 03.10, según recuerda Gibbs, se alzaron «volúmenes enormes de llamas escarlatas de las minas que estallaban, y de tierra y humo, todo iluminado por el incendio, formando surtidores de fiero color, de manera que todo el paisaje estaba iluminado por la luz roja. Donde algunos de nosotros observábamos, la tierra tembló y se movió violentamente de un lado a otro». Fue, según escribió: «lo más terriblemente hermoso, el esplendor más diabólico que nunca he visto en la guerra».

El primer sistema de trincheras alemán fue tomado al asalto inmediatamente; luego las tropas británicas y Anzac asaltaron la línea de cresta. Al cabo de dos horas, algunas tropas aliadas ya habían alcanzado su segundo objetivo y a las 07.00 había caído la propia Messines. Las defensas de Wytschaete fueron penetradas a primera hora de la mañana y las tro-



Mujeres en la guerra

La Primera Guerra Mundial transformó la sociedad occidental, no en último lugar en lo que se refiere a la emancipación de las mujeres, en gran medida debido a su enorme contribución al esfuerzo bélico. Esta fue especialmente importante en Gran Bretaña, después de la introducción de la conscripción en 1916, pero en varios otros países, entre ellos Alemania, muchos trabajos se consideraban inadecuados para mujeres y, al principio, se desalentaba su trabajo para la guerra. Pero, más tarde, la falta de hombres invirtió la situación.

En el campo de batalla, las mujeres demostraron ser personal de ambulancia muy capacitado y muchas condujeron camiones que llevaban suministros a la tropa. Pero puede que su papel más importante fuera como enfermeras, cuidando de los heridas a menudo en condiciones terribles, en las proximidades del frente.

Por lo que hace al aspecto doméstico, las tareas de las mujeres eran varias y a menudo de gran carga psicológica. En toda Europa trabajaban en la agricultura, produciendo alimentos, mientras que en Gran Bretaña muchas lo hacían en astilleros y minas. También en Gran Bretaña, en el verano de 1915, unas 200.000 mujeres trabajaban en fábricas de municiones, mientras que en noviembre de 1918, último mes de la guerra, habían pasado a ser 947.000. En otros países beligerantes había menos mujeres que trabajaran en la fabricación de municiones, pero tenían una participación importante en el esfuerzo bélico total.

Muchas mujeres se hicieron cargo de las tareas de los hombres en los servicios públicos, y manejaban señales ferroviarias, actuaban de conserjes, conducían autobuses y trabajaban de bomberos y policías. En 1916, sin embargo, el servicio voluntario no pagado ya no bastaba y en Gran Bretaña se establecieron cuerpos pagados, reconocidos oficialmente, de mujeres. Para 1917 existían el Women's National Land Service Corps, el Women's Auxiliary Corps y el Woman's Royal Naval Service.

La aportación inmensa de las mujeres durante la guerra condujo a su mayor liberalización y a más oportunidades laborales y sociales de las que nunca habían tenido.







El cuadro de Gilbert Roger muestra a camilleros del Royal Medical Corps transportando a un herido a través de una trinchera alemana conquistada en Messines. Los camilleros, muchos en edades superiores a las de servicio activo, se exponían valientemente y sufrieron pérdidas graves.

pas británicas empezaron de inmediato a descender por las pendientes orientales de la sierra. Se llevaron cañones a la primera línea para continuar el bombardeo y se tomaron más de 7.000 prisioneros alemanes, así como 67 piezas de artillería, 94 morteros de trinchera y cerca de 300 ametralladoras.

A primera hora de la tarde, divisiones de reserva y tanques aliados pasaron a través de las líneas de sus camaradas y sobre las 15.10 se había tomado con seguridad la totalidad de la sierra. El éxito era total, al precio de 16.000 bajas. Las tropas británicas e imperiales se atrincheraron y organizaron sus defensas tan rápidamente que se rechazaron todos los contraataques alemanes del día siguiente y los Aliados incluso ganaron, posteriormente, más terreno.

La victoria fue tan inmediata como absoluta; lo que fue igualmente importante, es que significó un tónico para la población civil aliada, cada vez más cansada de la guerra y desalentada por sus resultados. Messines también significó una lección cierta para campañas futuras: la sorpresa y los objetivos limitados y alcanzables, que después se pudieran retener, se convertirían a partir de allí en finalidad táctica preponderante.

Haig ignora la lección de Messines

El éxito brillante de Messines tuvo una consecuencia lamentable. Haig pasó a creer que lo que se había logrado una vez, tan rápidamente y a un coste relativamente tan bajo, se podía repetir. Parece que se había convencido de que podría derrotar a los ejércitos alemanes en Flandes.

Los bombardeos pesados en la región de Ypres antes del ataque habían detectado, sin embargo, un peligro particular: el norte era mayormente terreno pantanoso ganado y, una vez destruido el sistema de drenaje por el fuego artillero, rápidamente volvió a convertirse en una ciénaga. Los alemanes, a la espera, habían desarrollado una respuesta. Abandonaron el concepto de varias líneas de refugios y confiaron en fortines con ametralladoras, mientras economizaban sus tropas para un contraataque.

En los halagüeños días siguientes a Messines, la confianza de Haig era ilimitada. Sin embargo, no había aprendido la lección adecuada, ni tenía una solución para el problema del fango creado por la lluvia y su propia artillería. Una vez más estaba decidido a conseguir una ruptura decisiva; una vez más se equivocaría y miles de sus hombres serían segados sobre el fango de Passendaele.





Las mujeres realizaron diversas tareas para la guerra: *extrema izquierda*, una revisora de autobús inglesa; *izquierda*, un grupo de obreras en una fábrica alemana; *abajo*, mujeres fabricando engranajes en la factoría Krupp de Essen.

Mujeres austríacas hacen uniformes, *arriba*, transfigurando ropas viejas; *extremo izquierda*, una mujer realiza tareas ligeras de ingeniería en una fábrica. Edith Cavell, *izquierda*, una enfermera inglesa que trabajaba en Bruselas, fue arrestada y fusilada por esconder a soldados aliados.

La batalla de Passendaele *Julio-noviembre de 1917*

El plan del mariscal sir Douglas Haig para el ataque británico en Flandes consistía en quebrar la línea alemana desde el saliente de Ypres y luego rodear el flanco derecho alemán establecido en la costa del mar del Norte. No lo disuadieron de esta estrategia las pérdidas terribles de la ofensiva del Somme en 1916 ni las dudas expuestas en cuanto al planteamiento por el equipo de información militar ni sus compañeros comandantes. Pétain pensaba que el ataque de Haig hacia Oostende «fracasaría con seguridad», Foch lo describía como «fútil» y «fantástico».

Tampoco frenó a Haig el que los submarinos alemanes operaran principalmente a partir de sus puertos nacionales, es decir que aún tomando Zeebrugge y Oostende persistiría el peligro submarino. Ya en junio de 1917 los alemanes sabían que Haig quería atacar en Flandes, probablemente desde cerca de Ypres, porque una polémica imprudente, casi pública, entre los políticos aliados lo había hecho evidente. En cualquier caso, la tierra cercana a la desmbocadura del Ijser, inundada por los belgas en 1914, proporcionaba ahora una barrera defensiva a la derecha de las formaciones alemanas.

Había más objeciones al plan. El ejército francés todavía estaba convaleciente de los motines y existía el problema inevitable del barro en un terreno dependiente del drenaje artificial. Pero, en su euforia, Haig se había convencido de que podía derrotar Alemania sólo con la BEF antes de que llegaran los americanos a robarle la gloria.

Haig tenía un argumento de peso a favor del ataque: la victoria decisiva, si bien limitada, de Messines, aunque el crédito se adscribiera de manera correcta casi enteramente al general sir Herbert Plumer. A pesar de todas las objeciones irrefutables a su plan, Haig se impuso y sus jefes políticos aprobaron a regañadientes la tercera batalla de Ypres (conocida comúnmente como de Passendaele).

La nueva ofensiva fue lanzada al norte de Messines, sobre un frente de 30 km, entre Warneton y Dixmude, el 31 de julio de 1917. Era esencial un avance rápido, pues los registros meteorológicos reunidos en los 80 años anteriores señalaban que en el mejor de los casos sólo se podía contar, en esta época del año, con un período de tres semanas sin lluvia. Llegado el momento, habría lluvia temprana y continuada.

El bombardeo preliminar fue el más pesado montado hasta entonces: durante dos semanas, 3.100 cañones dispararon unos $4^1/_2$ millones de granadas. Esto sólo sirvió, sin embargo, para convertir el suelo anegado, cuyos sistemas de drenaje habían quedado destruidos por años de fuego artillero, en un amplio pantano con cráteres llenos de agua, a

Una estrategia para el desastre

A mediados de 1917, la situación militar aliada era grave. Culminaba la ofensiva submarina alemana; Italia era incapaz de hacer un progreso contra Austria; y Rusia, al borde del colapso, propondría en breve la paz por separado con Alemania.

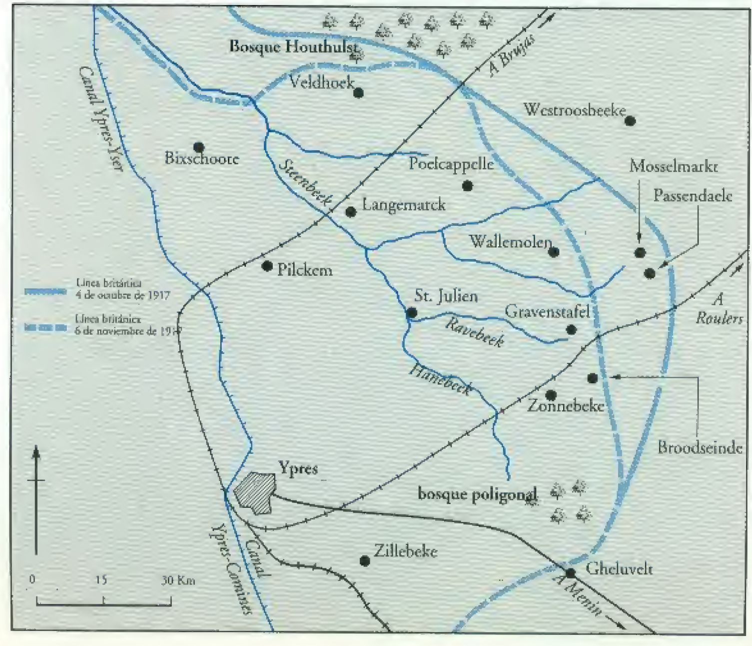
Sólo había una perspectiva esperanzadora: el hundimiento irrestricto de buques neutrales y desarmados por los submarinos alemanes había hecho entrar en guerra a los Estados Unidos de América. Pero su aportación no podría percibirse plenamente hasta la llegada de sus tropas a Francia en cantidades considerables.

La ofensiva submarina alemana tenía un efecto profundo en los planes militares aliados, durante la segunda mitad de 1917, por cuanto la base submarina alemana en Zeebrugge estaba a 50 km de la línea del frente aliada. Por eso se decidió hacer un avance a través de Flandes, en parte para privar a los alemanes de ese refugio para sus submarinos.

La otra preocupación del mariscal sir Douglas Haig era desalojar a los alemanes de sus posiciones dominantes en la sierra que iba de Westroosbeke a Broodseinde, antes de que llegara el invierno.









La panorámica, *abajo,* evoca muy bien la desolación de los campos de batalla cerca de Passendaele. En ese terreno tenían que luchar por sobrevivir tanto los soldados británicos, en Pilckem, en agosto de 1917, *izquierda,* como las tropas de asalto alemanas, *derecha,* refugiadas en un cráter con las bolsas llenas de granadas de mano.





través del cual se suponía que habían de avanzar los británicos.

Debido a la naturaleza del terreno, los alemanes habían dejado de lado la construcción de líneas de trincheras defensivas, en la parte norte del saliente de Ypres, en favor de fortines escaqueados de hormigón que albergaban ametralladoras. La ofensiva británica —si es que podían avanzar a través de los cráteres y el barro— caería, pues, bajo un fuego incesante.

Se encomendó la parte principal del ataque al V Ejército del general sir Hubert Gough, con un cuerpo del II Ejército de Plumer en su flanco derecho y el I Ejército francés, bajo el mando del general Fronçois Antoine, a su izquierda. Las fuerzas alemanas del sector —el IV Ejército del príncipe Rupprecht— estaban comandadas por el general Sixt von Armin, que los había mandado en Messines.

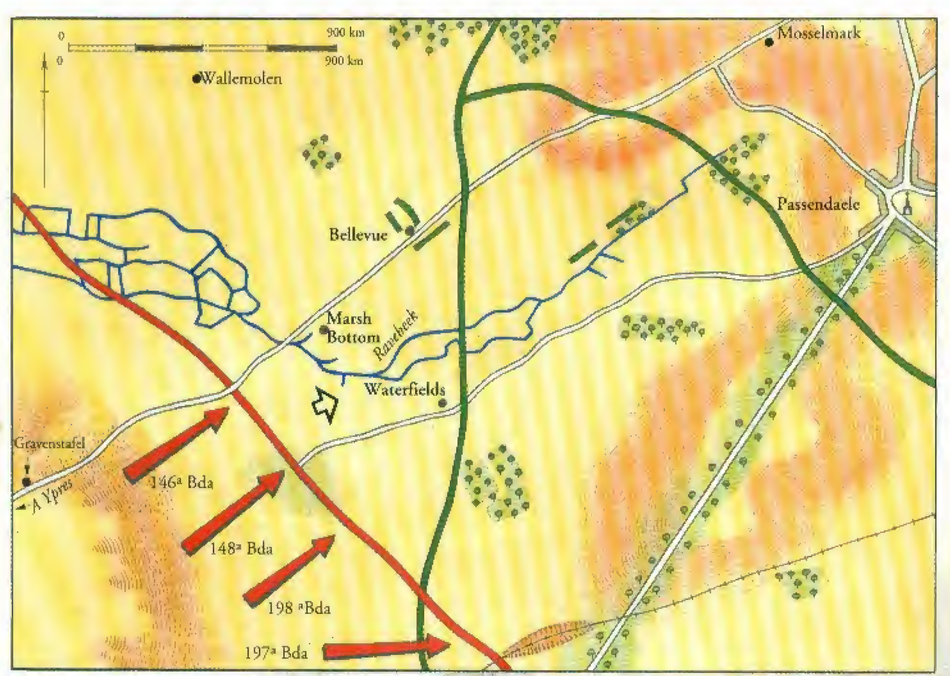


La ametralladora Lewis

Una de las ametralladoras de mayor éxito durante la Primera Guerra Mundial fue la Lewis, alimentada por tambor y refrigerada por aire, de diseño estadounidense. Se montaba sobre bípode, lo que reducía su peso a 11 kg, incrementando su movilidad. Todavía podía reducirse más peso eliminando la cubierta de refrigeración y así se usó como arma manual en los aviones aliados.

La ligereza y versatilidad también la hacían útil como apoyo cercano en ataques de infantería. Sin embargo, tendía a encasquillarse en condiciones húmedas o fangosas y sufría de bloqueos de alimentación causados por el mecanismo de muelle del tambor de munición, de 47 cartuchos, fijado sobre la recámara. Usaba el cartucho estándar británico de 0,303" y tenía una velocidad de fuego de 500-600 disparos por minuto.

PASSENDAELE/2



Cayeron lluvias torrenciales durante los dos días antes del ataque y todavía llovía en la noche negrísima del 8-9 de octubre cuando los soldados se arrastraron, a través de un barro que a menudo les llegaba a las rodillas, por los 4 km que los separaban del frente.

Batallones enteros se quedaron atrás y no llegaron a tiempo a los puntos de partida, de manera que había grandes huecos en la línea cuando se inició la ofensiva, a las 05.20.

El tiempo empezó a aclarar mientras los soldados se arrastraban hacia adelante; a las 09.30 la visibilidad era buena.

Ala izquierda, la 146ª Brigada (2) pudo cruzar el Ravebeek inundado a través de la carretera elevada de Gravenstafel. En el aire claro, casi transparente, eran blancos perfectos para las ametralladoras alemanas ubicadas en fortines (4), en las estribaciones de tierras más altas, cerca de Bellevue, y también ocultas en cráteres.

El avance británico del 4 de octubre de 1917 había generado un saliente en el frente, al norte de Ypres. Cinco días más tarde, con el fin de adelantar su izquierda y reforzar su línea, el mariscal Haig ordenó otro ataque sobre un frente de 15 km. Las unidades desplegadas frente a Passendaele eran los brigadas 146ª y 148ª del 1º Regimiento West Riding y las 197ª y 198ª del 2ª Regimiento East Lancashire. Frene a ellas había una unidad alemana de refresco, la 16ª División, la de «Hierro».

El principal empuje británico debía de ser hacia Passendaele, a unos 50 m de altitud en la sierra que iba al sur del camino de Westbroosbeke a Brodseinde, con varias estribaciones, como dedos, que se proyectaban hacia el oeste.

Se encontraron entonces con cinturones de alambradas de hasta 40 m de profundidad extendidas intactas ante las defensas alemanas.

El sector había sido bombardeado intensamente antes del ataque, pero las granadas de alto poder explosivo, destinadas a cortar las alambradas, se habían hundido en el fango sin estallar.

Toda la brigada permanecía pegada al suelo y los hombres estaban tendidos entre el barro y los cráteres llenos de agua para conseguir cierta protección.

Las palomas mensajeras (1), soltadas para enviar noticias de las imprevistas alambradas, estaban demasiado aterrorizadas por el ruido del fuego artillero y de ametralladoras y revoloteaban alrededor de sus portadores.

La 148ª Brigada (9) apenas pudo avanzar. El Ravebeek, hinchado por las lluvias, era un pantano de entre 30 y 50 m de ancho. Sólo unos pocos hombres pudieron vadear el agua, que en el centro llegaba hasta la cintura.

En el centro, la 198ª Brigada (6) hizo cierto progreso, aunque impedida por el barro y las profundas trincheras llenas de agua abandonadas por los alemanes en las pendientes de la estribación sur. También cayeron bajo el fuego enfilado de los fortines de Bellevue.

En la cresta de la estribación sur, donde el suelo era arenoso (7), la 197ª Brigada progresaba bien, primero a lo largo del ferrocarril Ypres-Roulers (8), luego a lo largo de la carretera.

Cayeron bajo fuego tanto de ametralladoras como de artillería de las baterías alemanas al sur de Passendaele (5). Pero sobre las 10.00 se acercaban a su objetivo, un punto a unos 700 m del pueblo.

Hacia mediodía, al no encontrar apoyo por ningún lado, la 197ª Brigada retrocedió a la línea de la 198ª y antes del anochecer se ordenó un repliegue general a una línea a sólo 500 m de la de partida.

Por esta magra ganancia se perdieron casi 6.000 hombres sólo en este sector. No se conocen las bajas alemanas precisas, pero los registros afirman que fueron «considerables» y que los «sufrimientos de los hombres no estaban en relación con la ventaja obtenida» en los combates del día.





Un obús de 9.2" de la 2ª Batería de Asedio Australiana en acción en Voormezeele, cerca de Ypres, en septiembre de 1917.

El cañón camuflado está en una posición semipermanente, con una plataforma de vigas pesadas de madera clavadas y colocadas sobre un núcleo sólido. Hay plataformas para los artilleros y sacos terreros a mano para compensar cualquier desequilibrio durante el cañoneo.

Cuando la lluvia convirtió el suelo en un barrizal, ni plataformas ni sacos terreros pudieron evitar ya que los cañones se hundieran. Y durante la ofensiva del 9 de octubre, el fuego de los cañones de Gravenstafel era tan errático y tan poco afinado que apenas significó un apoyo para las tropas atacantes.

A las 03.50 del primer día del ataque, 12 divisiones de infantería avanzaron en medio de una espesa niebla. Pronto se hizo evidente que la ofensiva no se ajustaba al plan previsto. En el flanco izquierdo, tres sierras al norte de Ypres —Bixschoote, St Julien y Pilcken— fueron tomadas luego de avanzar unos 3 km; pero a la derecha, el golpe al sudeste de Ypres, hacia la carretera Ypres-Menen, fue detenido a poca distancia de su objetivo. A pesar de todo, se hicieron unos 6.000 prisioneros, incluidos 133 oficiales.

La lluvia incesante hizo imposible cualquier avance más, no sólo para los infantes, que se hundían en el barro hasta las caderas, sino para los tanques dispuestos para aprovechar una penetración. Gough, hasta entonces un partidario convencido del ataque, se manifestó incómodo a Haig, pero el comandante en jefe confiaba ciegamente en un resultado afortunado. La lluvia era tan densa y continua, sin embargo, que pasaron otras dos semanas antes de que se pudiera organizar un segundo golpe.

Durante ese período, la lluvia cayó sin solución de continuidad. «Aun cuando se interrumpiera el 5 —escribiría el historiador John Buchan— siguieron días de cielos sombríos, neblinas húmedas y nubes pesadas. El sufrimiento de nuestros soldados acurrucados en sus líneas improvisadas o tendidos en cráteres no puede describirse con palabras.»

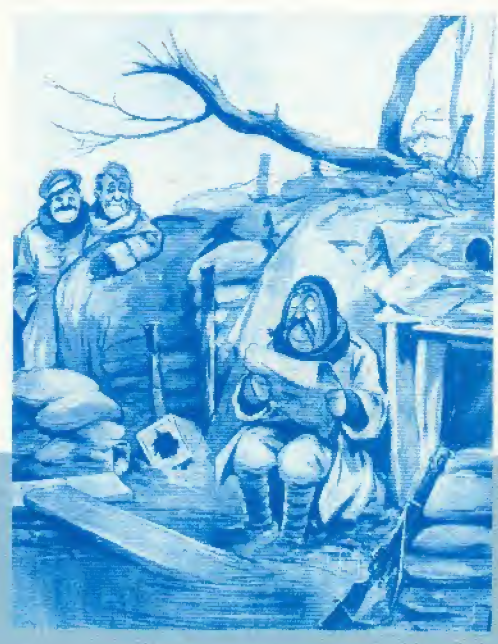
Haig, aunque muy optimista todavía, informó más tarde en un parte: «El profundo suelo arcilloso, rasgado por las granadas y empapado por la lluvia, se convirtió en una sucesión de grandes lagunas fangosas. Los valles de las corrientes en riada se transformaron pronto en largas tiras de barro, intransitable salvo por unas pocas pistas bien definidas, que pasaron a ser blancos favoritos de la artillería enemiga. Dejar estas pistas, no obstante, era arriesgarse a morir ahogado y, en el curso de los combates siguientes, en varias ocasiones se perdieron así tanto hombres como animales de carga.» Era una buena descripción por provenir de un comandante que había sido avisado precisamente de esta certeza.

Más adelante, en su parte, Haig escribió: «... este retraso inevitable en el desarrollo de nuestra ofensiva fue de máxima utilidad para el enemigo. Se perdió un tiempo valioso, las tropas que nos enfrentaban pudieron recuperarse de la desorganización producida por nuestro primer ataque y el enemigo tuvo oportunidad de recibir refuerzos.» A pesar de todo eso, Haig nunca se apartó de su plan original de retomar la ofensiva en el primer momento favorable que se presentase.

Las condiciones apenas eran mejores para los alemanes. Como escribió Philip Gibbs, corresponsal del *Daily Telegraph* de Londres, presente en las batallas como observador.

Recuerdos felices del zoo

«¿A qué hora dan de comer a las morsas, Alf?»



Los dibujos de los soldados, resignados pero rotundos, del capitán Bruce Bairnsfather, ayudaron mucho a levantar la moral británica en el frente. Un diputado le escribió que «se convertía en un factor determinante de la situación, tal como Gillray lo fue durante las guerras napoleónicas».





Fusileros de Lancashire, *izquierda,* con su ametralladora Lewis, en posición en un ensanchamiento de una trinchera alemana conquistada. La pantalla de alambre de espino que la defendía está totalmente destrozada.

Hombres de la 16ª Compañía de Ametralladoras Canadiense, armados con ametralladoras Vickers, se refugian en cráteres, *arriba.* El ametrallador de la izquierda dispara en una línea fija y asegura su fuego mediante las dos estacas a cada lado del cañón. A la derecha, un hombre ha conseguido hacerse una techumbre para su cráter.

Los fuertes de frontera alemanes

La construcción de pequeños fortines defensivos, o blocaos, es tan antigua como la historia de la guerra formal. Aunque ambos bandos se metieron bajo tierra en sistemas de trincheras elaborados bastante temprano durante la Primera Guerra Mundial, había regiones donde no se podía cavar trincheras profundas. Eso era así en el sector de Passendaele del saliente de Ypres, pues el suelo era pantano drenado y se encontraba agua a una profundidad de 45 cm.

Puesto que aquí era tan difícil la construcción de trincheras, los alemanes construyeron blocaos de hormigón, o fortines. Estos fortines estaban por encima del suelo y eran, por lo tanto, blancos visibles y obvios. Pero estaban construidos tan sólidamente que sólo podía destruirlos el impacto directo de una granada muy pesada. Así, la guarnición del fortín era inmune al fuego artillero y de ametralladoras normal y estaba protegida, en cierta medida, del tiempo. Dado que los hombres estaban destinados juntos en lo que era estrictamente una caja con saeteras para ametralladoras, su moral era elevada, pues se daban mutuo apoyo psicológico.

El emplazamiento de las ametralladoras dentro de los fortines concedía zonas de fuego solapado, de manera que cada posición se había de atacar y conquistar individualmente. La ventaja de la línea de fortines era que se podía sostener con menos hombres que, por tanto, se podían relevar con mayor frecuencia: otro factor elevador de la moral.

Junto con los fortines, los alemanes emplearon las alambradas en gran profundidad. La experiencia había mostrado, a principios de la guerra, que una línea de trincheras defendida por dos o tres cinturones de alambrada sin cortar (que en algunos sectores de riesgo llegaban a ser 18) detenía un ataque de infantería. Los intentos de destruir las alambradas mediante barreras de artillería rara vez tenían éxito.

Más tarde, además del tipo estándar, con espinas cada 30 cm, los alemanes introdujeron un tipo nuevo con tiras de acero cortados en triángulos afilados y puntiagudos. La *Flandernzaun* (verja de Flandes) era casi indestructible y la infantería no podía penetrarla. Hasta la llegada del tanque, que simplemente rodaba por encima de las alambradas, no se encontró una contraarma para este medio simple pero eficaz de detener un ataque.